

STUDIO FILMS - BARCELONA

HUMANIDAD

Novela cinematográfica
basada en la película
del mismo título sobre
el argumento de

S. ARDEVAL

POR

M. ABEL



ILUSTRADA CON 42 FOTOGABADOS



PRECIO: 0'25 PTAS.

IMPRENTA LA INDUSTRIA - MORRAL & C.º
PASEO, 7 Y 9 ••••• TARRASA

STUDIO FILMS

HUMANIDAD

NOVELA CINEMATOGRÁFICA

BASADA EN LA PELÍCULA DEL MISMO
TÍTULO, SOBRE EL ARGUMENTO DE

S. ARDEVAL



IMPRENTA LA INDUSTRIA - MORRAL & C.º
PASEO, 7 Y 9 - TARRASA

*Arrancad a un niño de las garras
del hampa, educadle, y conseguí-
réis un hombre útil para la patria
y digno elemento de la humanidad.*

M. de Bael



INTRODUCCIÓN

I

La armonía en la vida de la sociedad humana

La prodigiosa urbe se envuelve de la noche en el tupido manto, cuyas negruras acribillan infinitos puntos luminosos.

De la agitación fabril cesó el imperio y el obrero se retira en busca de descanso.

La imponente aglomeración de gentes en las grandes vías se aclara. Damas elegantemente ataviadas, cuya belleza deslumbra como el cabrilleo de los brillantes de sus joyas, cruzan en lujosos carroajes por la inmensa plaza.

De vez en cuando, de las crestas del petroso anfiteatro en que la ciudad se asienta, entre puntos luminosos que rielan simétricos y que denuncian sumptuosos palacios de yantares y goces, refleja potente disco de azulino rayo que se quiebra entre torres y azoteas, inundando de luz las vías hasta perderse en lo sombrío del mar que, iracundo, murmura como protestando, quizás, de lo impertinente y descarado del rayo luminoso que fisgonea insolente en la tranquilidad de la noche.

Cortando la línea poligonal de la gran ciudad, destácanse, alineadas, a modo de cañas gigantescas, colosales esfinges que dan al viento, con vanidad y gentileza, sus inmensas cabelleras; a sus pies se agitan, en rotatorios movimientos, poderosos volantes, que regulan impertérritos los generadores de luz que en la urbe preside y facilita el vivir de las gentes que velan.....

Y....., rematando el contorno, como centinela del mar, álzase la tremenda fortaleza, secular pesadumbre que, si no guarda épicos recuerdos, encierra misterios de la vida de los hombres, gritos de dolor, ayes de muerte, miserias de la política, dejos de amargura.....

Y desde sus armadas aspilleras, en lo silencioso de la noche, pasan a nuestra vista grandes señoriales palacios, en cuyos deslumbrantes salones se reúne la flor de la gracia, de la belleza y de la elegancia; y podríamos ver junto al bizarro militar al plutócrata y al poeta; al industrial y al banquero con los genios de las artes, todos en honesta y exquisita recepción; pero a la que no

llega, quizás, el eco lastimero de los que agonizan en la miseria, de los que sufren de abandono.

En algunos, elegantes caballeros, descotadas señoritas y una juventud alegre y frívola hablan, seguramente, de la hecatombe que hace estremecer el mundo, pe los acontecimientos políticos del día, de la moda, del lujo... Y, entre pláticas y galanteos amorosos, aca- so surgen las grandes iniciativas de las gentes adineradas, y, a una de sport, sigue la de la exposición y propaganda de asombrosas ideas para la fundación de centros e instituciones que han de acabar con la blasfemia, con la tuberculosis, con el abandono de la niñez, con la indiferencia religiosa, con el alcoholismo, con el juego, con la trata de blancas, hasta con la antihigiénica vivienda del pobre, con todas esas plagas generadoras, o elementos de generación, de seres abyectos, a los ojos de quien las tolera, si no las fomenta.

Y, oyéndolos, concebiríamos la ilusión de que el término de la miseria humana se acerca, y de que contamos con recursos contra todos los males de la sociedad, que, desgraciadamente, aumentan de día en día, sin que lleguemos a ver el resultado de tan prodigiosas iniciativas, si no es en el sostenimiento de allegados y favoritos, parásitos sociales, zánganos de la colmena humana, en cuya inercia e insignificancia acaban todas las iniciativas e ideales, todas las grandes obras que no sintieron, menos la de la vasija grosera, que se agranda como la gota de hiel que en ella ha de apurar el desvalido.

Más allá, confortables salones de grandes casinos pudieran testimoniar la génesis de dolorosas escenas de familia. Más cerca, *music-halls* y *concerts* que alimentan el refinamiento de todas las concupiscencias y desacatos a la ley moral....

Y entre salas de tango y círculos recreativos, tabernas y tugurios con sus *ganchos* irresponsables para las tímidas infamantes que dirigen taúres y buscas vidas profesionales, vese correr un torrente de amores fingidos, de besos que se venden y hembras que se arrastran.



Entre luces mortecinas descansan los barrios de obreros que reponen sus fuerzas, para recomenzar a la mañana el natural vivir de una vida de hombres, de paz y de engrandecimiento.

Y si con la vista, auxiliada con la luz de los faroles, observamos las calles estrechas y tortuosas, más o menos adentradas en la ciudad, tropezaremos con innumerables seres misérrimos, espuma de la sociedad, sedimento del conglomerado humano, que mueven a compasión y demandan insistente mente la protección de una humanidad culta, moralizada y moralizadora; la orientación de hombres de razón, la atención de una sociedad consciente de su obra.

Va a nuestros pies, a modo de adecuado ornamento del monte maldito, se distinguen como madrigueras y guaridas, entre troncos y astillas podridas guarnecidias de pedazos de lata mohosas y pingos asqueantes; de piezas des trozadas de muebles que fueron; covachas inmundas; más cerca, cobertizos y zahurdas húmedas y hediondas, sucias, sin aire y sin luz....

Si penetráis en ellas siquiera con la imaginación, y en un momento de sentimiento humano, aterrorizará vuestro ánimo la mujer...., la forma de mujer, anciana o envejecida, depauperada, exangüe; el mozolejo que tiritá de frío y de hambre, de miedo y de.... abandono....; hambriento, comido de úlceras y de miseria, que tiende su cuerpo sobre el húmedo suelo y reclina su cabeza sobre las piernas de la mujer anciana.... Encogido, enroscado, como reptil en letargo, famélico, con el único resto de vida que le prestan sus nervios, más que su sangre, otro niño enfermizo, demacrado, busca el calor posible en el vientre del compañero de desdichas; y, más allá, una niña se arrebuja también, como puede, al calor de las piernas del colega. En fardo común, una mocita que jamás pudo decir ¡madre! Se formó, quizás, al calor de una caricia comprada por unas pesetas, una carrera de coche, una cena con champagne o unas pieles mal imitadas; muestra su cabecita desgreñada, sus ojos azules apagados, sus labios cárdenos, sus pies desnudos, perezosa la lengua, secas las fauces. Su cuerpo se cubre con trapajos; se acurruga, medrosa, contra la



espalda de la vieja. Un temblor general sacude su cuerpo, y una sonrisa amarga os revela el estado de su alma.

Y ahí, otro cuadro de más subidos colores.

El vicio hace resaltar su imperio en trono de miseria, y, en contubernio infamante, viven mezclados los sexos, invertidos a veces, horriblemente y en terrible desconcierto, delito de abandono social de que toda es responsable la humanidad indiferente y cruel....

Es todo eso acusación de una vida de desorden, grito de incontinencia brutal, de crápula y ludibrio en las grandes ciudades. Es la significación formal de una sociedad viciada; amoral, injusta consigo mismo; ciega ante sus debilidades e indiferente con sus propias miserias.

Y he aquí que, en todo este lodazal, se halla un vivero de vicios, de crímenes y de vergüenzas sociales, gérmenes patógenos de una llaga hedionda, vergonzosa, impropia de la grandeza del hombre; en pugna con la excelsitud del ser predilecto del Artífice Supremo.

Si registramos una a una las varias incomprensibles guardadas en que sornan tantos desdichados, encontraremos, entre ellas, alguna de singulares llamatiivas notas, ejemplos especiales de anormalidad, casos típicos de manifiesta inarmonía específica; plantel de desaprensivos mendigos, criadero de Rinconetes y Cortadillos, semilla del mal, germinación del vicio, escuela de Monipodio, cátedra de pedigüeños explotadores oficiosos de la caridad pública, de los que, en secular equívoco, mantiene y fomenta inconsciente parte de unas gentes, más que caritativas, sensibleras.

II

Visita personal

Imaginaos que visitamos una especie de choza formada por un talud de arenisca, un techo en declive, de cuyo plano inclinado uno de los lados descansa en el suelo; que este plano lo forman pedazos de tabla y de sucias esteras, recubierto de tierra y de piedras, constituyendo tamiz, que, si no permite el paso del aire, filtra despiadada, cómodamente la humedad; que, al fondo, quiere dejarse ver un testero triangular, también de trozos de tablas de cajas que parece que hubieron de ser de embalaje y que presentan alabeos invertidos, cuyos intersticios rellenan sucios andrajos; que en calidad de puerta cierran pedazos de carteles teatrales superpuestos, que despiden el pestilente olor propio del papel y de la cola, húmedos por el relente de la noche.

Desigual y terroso el suelo hállose cubierto de algo como paja y estiércol; en el centro vense unas piedras quemadas por el fuego, denotando que allí ha podido arder algo quizás para desentumecer los miembros en las últimas noches de heladas y ventisqueros.

Y todo despidre un hedor nauseabundo, en el que se siente el de la carne humana sucia, el de paja quemada, el de restos de viandas y verduras en descomposición; la peste, en fin, que ofende el sentido, como la consideración del cuadro aquél de miseria emociona y contrista, enternece y conmueve el espíritu mejor templado, el corazón más curtido en vadear las miserias de la vida.

En aquella mazmorra, encajado el cuerpo en el ángulo que la techumbre forma con la tierra del suelo, descubrimos, arrebjado y encogido, un, al parecer, cuerpo de mujer.

El disco de nuestra linterna envía su rayo luminoso al interior y, al girar hacia la derecha, choca con una cabeza que se alza perezosa, pesada....

Y observamos que se desarrolla un brazo desnudo cuya mano aparta los desordenados cabellos que cubren su frente.

En sus ojos se observa una mirada sombría; aparta un algo que le estorba en sus piernas; se incorpora sobre la mano izquierda, fija en nosotros su mirada y, con voz entrecortada y cavernosa, pregunta:

— ¿Quién sois?

— Somos — la respondemos — amigos vuestros, que deseamos saber lo que podéis necesitar para acabar la noche.

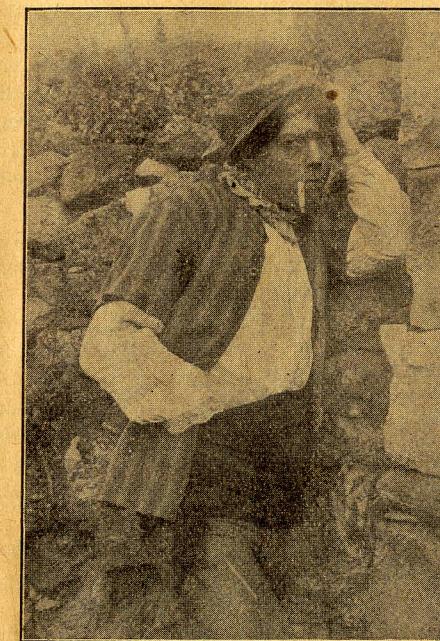
— ¿Es..... de veras....., o de..... Villapelona?..... Porque..... pa visitar estos alcázares, lo primero que s'ha menester es una botella de Monovar. O dejar tranquila a la gente.

— Perdona, buena moza, y bien ves que si os importunamos ningún otro daño os hacemos.

— Vamos, menos palabras, y déjennos descansar. Miren que les puede costar una miaja de desazón el atrevimiento.

— No te enfades, que ningún mal os haremos. ¿Cuántos sois en esta choza?

— Pues..... cuente.....



Y se arrebuja nuevamente en su pedazo de mantón.

Y comienzan a moverse montones de paja, de los que van saliendo otros seres con quienes no contábamos y que poco a poco reconocemos.

Alimentemos nuestra linterna con una nueva estearina, y se descubrirán a nuestros ojos dos niños harapientos con parte de sus carnecitas al descubierto, y que con voz temblorosa y alargando las manos nos dicen:

— ¡Pan!, ¡pan!.... ¡un pedacito de pan!

Y he aquí que una broma proporciona una satisfacción.

De los postres de la cena, y por la humorada de uno de nuestros comensales, llevamos en los bolsillos del gabán unas galletas, y, recordando el hecho festivo, sonreímos, pero amargados, y se las damos, y las devoran.

Dos mujeres se incorporan entonces, de las cuales una reclina la cabeza sobre el costado de la otra. Habían sacudido la paja que las cubría, y, al querer hablarlos, corta su voz otra de afuera, ordinaria, chulapona y avinada....

— ¿Quién va? — Y se oye como el rechinar de una navaja de muelles.

Y la mujer que antes nos hablara, saltando de su guardia como una felina, dijo:

— Quietó, Malasangre; son unos señores que.... tienen el honor de visitarnos. Y, mira, pues que se han traído unas galletas pa los chaveas y que les están sabiendo a gloria.

— Visitas.... — repuso el Malasangre — ; pues.... entiendo que son estas horas más bien pa descansar, y pa mí que he estao iluminao con venir a acompañar a ésta y.... evitar que aquí haiga lo que yo me traigo entre ceja y ceja, y ustedes perdonen; pero ésta.... ¡maldita sea la....!

Y se adelantó en actitud amenazadora hacia la muchacha.

— ¡Tranquilízate.... asaura!.... Mia que andan viruelas....; y que como estos señores, que no hacen ningún mal, no te conocen, te van a tomar por un Maciste.

Y cortó el deje guasón de las palabras de la compañera, una interjección de otra que, apurando una colilla, y que se había quedado rezagada del Malasangre, graznó las siguientes frases:

— A ver si pue ser, u voy a tocarles a ustés la campanilla, pa qu'haya orden....

— Ni que decir tiene, Chata — dijo Malasangre — . Pero es brava cosa que venga uno a descansar, mayormente, y que nos encontremos con unos pelmas, como si esto fuese una casa.... de.... poco más o menos. Y a todo esto, señores, ¿traen ustedes cigarros?

— Ya lo creo, ahí va. — Y comenzamos a repartir pitillos.

— Gracias a Dios — dijo la Chata — que vamos a fumar algo decente.

— Pero podían ustedes sentarse — dijo Malasangre.

— Si hubiera un poco de lumbre — dijimos.

— Se hace. Ahí estará el Abuelo, que tiene siempre provisiones de combustible.

Y bastó un silbido significativo, tímido y casi apagado, para que apareciese

otro mozo, a quien ordenó Malasangre que trajera, y con prisa, algo para quemarlo.

Prontamente estuvieron allí unos pedazos de madera carcomida y rengida, como si procediese de restos de barcos añosos, destruídos, sobre los que amontonó una buena cantidad de paja podrida.

Y se armó la gran chamada.

III

El lunch

Las dos suenan en uno de los relojes de la gran ciudad. La lumbre ilumina el contorno, y como ansiosos de luz y de calor, van saliendo y acercándose cuantos al parecer componen aquel hato de gentes desdichadas, a quienes no les han sido dados ni luz clara para la inteligencia, ni quizás calor maternal para su cuerpo.

— Tú, Abuelo — dice Malasangre — , si te parece, y a estos señores no se les ofrece inconveniente, para celebrar su arribo a estos libres y honrados hogares, puedes traer cualquier cosita. Tienen la palabra, caballeros.

A pesar de tanta miseria y tanta lástima, aquel cuadro comienza a ser interesante.

Diez pesetas puestas en la mano del Abuelo y órdenes pertinentes del Malasangre, con advertencia de que esté de vuelta en diez minutos, bastan para que éste, previas unas piruetas, salga a todo escape a cumplir su cometido.

Una ronda de cigarrillos y las situaciones propias que ocasionó el que todos encendíamos con tizones, es bastante para dar tiempo a que vuelva el Abuelo cargado de panes, botellas de vino, latas de sardinas, chorizos y hasta un gran pedazo de queso y algunas chucherías, entre las que pudimos ver unos caramelos que el Abuelo repartió, con cierto disimulo, diciendo, se pudo oír:

— Esto para ti, Piojo; y estos para ti, Rana; y a ver si *sus* portáis con equidad.



Y acercándose a una jovencita que se mantenía algo más apartada del bullicio, la dice:

— Melindres, esta noche no te quejarás; te traigo esta botella de leche; que se harte ese inocente, ya que es el más inútil de todos para ganárselo, pobrecito.



La mujer con quien primero tropezamos y a quien llaman la Bailaora, no ve con buenos ojos aquellas *finuras* del Abuelo; pero se tranquiliza cuando nota que entre cuatro botellas negras había una blanca.

— ¡Aguardiente!.... — dice. Y se lleva la botella a la boca empiñándola, hasta que la Chata, que escurre el brazo del hombro de Malasangre, de un golpe la hace abandonar la posición, ya demasiado prolongada.

Comienza el reparto de viandas, que devoran con fiereza, excepto el Malasangre y la Chata, que parecen estar ahitos de *pavo trufado*, según expresión de la Bailaora, y, en menos que la imaginación lo repasa, desaparece hasta la última migaja del suelo.

Las mujeres ancianas vuelven a su zahurda, interior y exteriormente templadas, según se podía notar en la tez de sus caras. La Bailaora nos hace gracia de unas figuras de algo especial del clasicismo flamenco, y, puestos de pie, se despiden, saliendo en dirección a la gran ciudad. El Abuelo, con una sucia caja colgada al hombro, descubre que era un betunero.

La Chata y el Malasangre se van trepando por la montaña; y, cuando aquel triste cuadro se esfuma del todo a nuestra vista, con el corazón oprimido y el alma tranquila de haber, quizás, hecho una buena obra, volvemos a la gran ciudad, que, al parecer, dormita.

Al llegar a la primera gran avenida, la aurora comienza a señalar los primorosos matices de su divino rosicler.

Los pájaros que en las deshojadas ramas han pasado la noche, asustados, tal vez, de nuestra presencia, salen en bandadas piando en inarmónica algarabía. Quizás damos lugar a que se adelante la hora de desentumecerse del

frío de la noche, y que puedan ofrecer más temprano al sol sus primeros gorjeos, para recomenzar después su interrumpida natural tarea.

A la gran avenida van desembocando parejas de amodorridos trasnochadores que apuran de impúdicos labios en vesánicas libaciones los últimos besos de líbricos amores, vendidos por una piltrafa de carne condimentada, o por unas miserables monedas destinadas a comprar inútiles guñapós, cuando ya les estorba el paso algún harapiento golfito que codicioso avizora la colilla abandonada.

Comienzan a cruzar en vertiginosa carrera elegantes autos, carruajes coronados, de cuyos lacayos las librea denotan la elevada jerarquía de sus señores.

Las puertas de hierro y cristales de una casa de rica y moderna construcción giran con inusitada frecuencia, dando entrada y salida constantemente a gentes que en sus semblantes denotan que en la casa ocurre algo excepcional y notable....

Sobre duro y frío canapé un anciano a quien hemos muchas veces celebrado y cuya gracia nos deleitara gratamente largas temporadas, agota, abandonado, los últimos instantes de su vida....; y una serie de detonaciones precedidas de instantáneo reflejo luminoso, nos hizo comprender la desaparición de la noche, la presencia del día, la grandeza de la muerte y la realidad de la vida en constante renovación, en permanente laborar bajo leyes inmutables.

IV

JORNADA PRIMERA — Primera parte

Los golfos

A nuestra vista, paciente lector, vemos pasar como en una cinta cinematográfica una serie de cuadros de la vida de los hombres, que pudiera entristecerlos...., o alegrarnos, de haberla conocido.

El que ignore la realidad de algunas de las cosas que con sus estridentes notas pudieran verse sobre el espejo en que pueden reflejarse, quizás no tiene de la vida el conocimiento necesario para vivir prevenido contra las grandes sorpresas del correr de los tiempos.



El vivir de una gran ciudad, en la que la disciplina moral carece de la necesaria extensión e intensidad, bien puede arrastrar en la boragine del mal a los descuidados, a los de cultura deficiente; pero puede ocasionar el despertar de las grandes virtudes cívicas y de los necesarios nobles sentimientos humanos, para separarse del mal, para prevenirse contra él y hasta para extirparle por completo en quien siquiera tiene una mediana preparación ética.

Es la eterna cuestión.

Estamos en momentos decisivos para la redención de seres que tienen derecho a la vida normal de los hombres, y no hay una sola nación que no se preocupe ya de la gran desgracia, del magno problema de la niñez abandonada y delincuente.

Y es que, desde Moisés, abandonado sobre la superficie del Nilo, hasta el Alberto de nuestro drama, y desde éste al Juan José que inmortalizó Dicenta, la niñez desvalida y su regeneración claman al cielo justicia.

Esos seres descuidados han llegado a nuestro tiempo con el triste e impropio nombre de golfos, a quienes el doctor Zarandeta define: «Seres humanos faltos de educación, de voluntad y de moralidad; desenfrenados, sin rumbo en la vida; viciados en el tabaco, en el alcohol y en la vagancia; mendigos profesionales, carne de presidio..... Viven sin hogar, sin afectos, sin oficio.

Detrito social, cuya vía es el hampa, su casa el arroyo, su cama es el suelo de guaridas inmundas; sus sonrisas aturden al presente, sin que nadie pueda predecir su mañana.»

Y ciertamente que aquí no hemos de llevar nuestra consideración hasta el ambiente del golfo señorito, de las mismas propiedades que el pordiosero, sin más diferencia que el caso de abandono: que en unos, en los primeros, es por naturaleza, y en los señoritos..... *por gracia*.

Y he aquí el Rana, clásico ejemplar de la golfería de las grandes ciudades; de frente estrecha que dificultan desordenados y ásperos cabellos; ojos saltones y codiciosos, pómulos salientes, labios gruesos y boca deformada; cuello corto y espalda contrahecha, con tez pintada de escrófula y oídos destilantes de secreciones anormales.

Rebusca en todas partes restos de alimento, migajas caídas, o alarga la mano, medroso, con la mirada fija en la cara del viandante, o del que saborea el rico moca en la terraza del bar, de quien lo mismo espera una moneda que una frase aguda o despectiva, o que la punta de la bota del mozo de turno. Cerca de él es peligroso el descuido; sus manos obran como las de un irracional cualquiera, por instinto de conservación, sin calcular, por falta de discernimiento, sobre el peligro de sus acciones delictuosas.

En la libertad, que usa a su modo, se cree rey de sus actos, y le vemos encaramarse, burlón, sobre los hierros de los balcones, sobre los topes del tranvía o sobre las ballestas de un coche, hasta que la humanidad, en uno de sus *gestos*, sacude su látigo sobre su cuerpecito desnudo.

Es otro ejemplar el Piojo, individuo del famoso «Club Rechiné»; de cabeza

desproporcionada con relación al cuerpo, de cabellera sucia abundante, en la que se hospedan cuantos parásitos gustan de la miseria, a los que persigue constantemente con sus ribeteadas uñas.

Su cara chupada e incolora, secos y pálidos sus labios, delgado su cuello, y sus brazos sin músculos, revelan el odio y el placer, el amor y el delito, el vicio, la degeneración y el abandono. Parece que en su mirada hay siempre una burlona acusación contra alguien a quien no conoce.

En su génesis tropezaríamos quizás con una vivienda impudicamente coqueta, en donde tienen su trono, revestido de falsos encantos, la ignorancia, el egoísmo, la miseria; unos lúbricos halagos, un paseo en coche, una cena, un tango, una copa de champagne o de rejalar..... para un arranque de bestia.....

¿Será posible en tales seres un acto edificante, noble, humano?

Allá veremos.

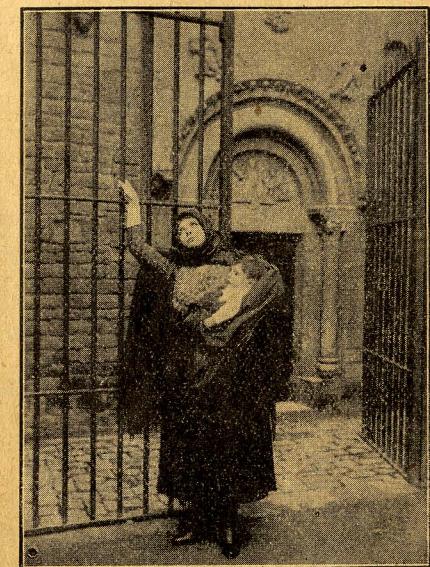
Y, como el Rana, sigue el destino, y emulado tal vez por la hazaña del coche, aprovecha — instinto de turista — el primer vehículo de recreo que se le presenta, acomodándose en los topes de un tranvía; lo cual, visto por el Rana, en quien es natural el bajo sentimiento de la venganza, y que aun está dolorido de la punta de la fusta del cochero, grita como un energúmeno, entre gozoso e iracundo:

— ¡Eh!..... ¡a ese, al del tope!.....
¡A la trasera!.....

Y el cobrador, que se da cuenta en el acto, tomando del depósito del tranvía un puñado de arena, lo arroja con cierta furia al desgraciado niño. Y algunos viajeros protestan.

Restregándose los ojos para vaciarlos de las partículas que en ellos han entrado, el Piojo se dirige furioso al Rana, y se agarran a brazo partido, golpeándose y dedicándose todas las frases insultantes del reprobable argot de la gente del hampa.

Y se da el caso insólito de que la riña entre los dos pobres niños forma conjunto de espectadores, entre los que, con fruición, algunos celebran y animan la pendencia, hasta que termina, no por la intervención de agente alguno de la autoridad, que ve impasible la lucha infantil, sino por alguna mujer del pueblo, a quien, seguramente, madre amante, o poco afortunada en amor filial, mueven a compasión aquellos niños.



Pero si la incultura excitó la ira en los niños, una moneda regalada al efecto por la pacificadora mujer les hizo nuevamente amigos.

Y rebuscando por el camino cualquier migaja caída, andan hasta la plaza de la ciudad, en donde bars y cafés les ofrecen campo adecuado para sus faenas.

En la terraza de un elegante café restaurant por el que habitualmente discurren diferentes veces al día, descubren a uno de sus más respetables camaradas, el Abuelo, y quedan parados frente a semejante personaje, quien, con ademán y gesto de quien se cree superior, les indica que se retiren.

Su presencia pudiera disgustar al parroquiano.

Es el tal personaje, el Abuelo, «El Gran Nicoti», caporal, en su tiempo, de los primeros cazadores de colillas, hombre ya de cierta representación entre su gente, que supo convertir las *colastras* en numerario, y aplicarle a la compra de un *estuche* que no dejaba de tener su historia, en el que se contenían algunos cepillos y betunes, con su frasquito de agua para quitar el consabido barro de las botas sucias.

En su estatura regular, vese algún desequilibrio. Una acentuada imperfección en la columna vertebral y desviación al exterior en ambas piernas. Sin robustez alguna, no exceden sus fuerzas a las necesarias para portear la negruza caja pendiente del hombro por una mugrienta correa. Anémico desde su niñez, se le nota la fatiga durante la faena de la limpieza de un par de botas. Escurrido de vientre y hundido de estómago y de pecho, le hace aparecer insignificante. Con todo eso, de su frente, como de sus ojos vivarachos y buscadore, irradiia una expresión de bondad adquirida por autoeducación espolleada por el hambre.

Y el hombre tiene su *oficio*, y su casa, como los lagartos, y su familia, como los lobos, y su campo de labor como otros, mucho menos desgraciados, porque al fin tienen su madre.

Y a veces es el sostén del enjambre que se acoge en las guardas próximas a la suya, y hasta suele ser consejero y *maestro de ética* entre los de su clase.

Es muy feliz en cuanto encuentra el primer par, para lo que solía bastarle ver a un señor, clavarle los ojos en el calzado, elevarlos a la cara fiando a la elocuencia de su mirada el discurso de solicitud que no acertaba a pronunciar, y, como adivinando la resolución del caballero, antes de que pronunciase la palabra de conformidad, estaba arrodillado y remangando el pantalón.

¡Y hay que ver los juguetos que se trae y el aire manejando los cepillos, que, al pasar de una a otra mano, previas unas habilidosas rotaciones en el aire, golpean lindamente al dar con las palmas respectivas!

Y tiene sus parroquianos, *diarios* y *alternos*, a sus horas de costumbre, que le dan su poquita conversación, y hasta le hacen sus chistes, que celebra y comenta graciosamente, lo cual da lugar a que en algunas ocasiones suba la *propia*.

Lo que hay es que el pobre Abuelo no logra hacer fortuna, ni aun siquiera completar su colección de cepillos, ni sus frascos ni sus cajas de crema. Y es que parece que sus colegas olfatean sus ganancias, le buscan con una oportu-

tunidad cronometrada y le pintan mil desdichas y embustes que bien pudieran encerrar alguna razón.

Entre los que disfrutan más frecuentemente de las monedas que recoge el bondadoso golfo, hay quien merece especial mención.

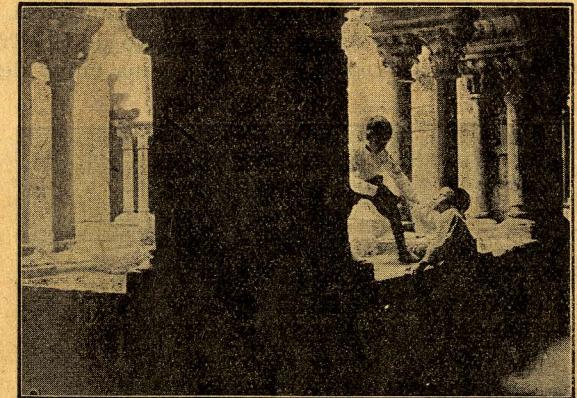
Es la *Bailaora*, crisálida convertida prematuramente en mariposa; belleza extraordinaria en su conjunto; hermosura natural, salvaje, inulta. De formas esculturales, cuya boca juguetea y provoca con voluptuosos mohines. Sus dientes son de nívea blancura, y de sus ojos saltan chispas que abrasan. Su palabra es fluida, aunque algo achulada y de timbre grave, y su frase resulta a veces ingeniosa. Se ha criado en el hampa, ha crecido en la horda, ha vivido flotando sobre la espuma de la miseria; no ama nada ni a nadie; sólo tiene apego a su zahurda, en donde se libra de las inclemencias de la atmósfera, pero quizás de nada más. Es por temperamento, apática, y, por herencia o generación, apasionada por las bebidas. Canta con gracia y baila como ella sola, luciendo sus habilidades y movimientos provocativos en el afrentoso escenario callejero.

Por ella siente el Abuelo especial predilección. Es, dice él, la oveja descarriada que más que al pasto se escapa al abrevadero, en el que encuentra todas sus delicias.

La llama la *Espiga de la macolla*, porque, a su juicio, es lo único de la inmunda vivienda convertido en fruto, aunque dice que jamás aprovechará a nadie, si no sigue sus consejos.

— Mira, Espiga — la decía una noche, mientras arreglaba sus paños para al día siguiente sacar brillo — : tú tienes una riqueza en tus pinreles y en esos brazos que mueves como los propios ángeles. Cuando echas pa atrás la cabeza, al terminar una figura, paece que le dices al mundo: «¡Ea, ahí queda sitio pa una fortuna!» Pero tú la escupes por la punta del pie después de bebértela en una copa de rajagahote. ¡Y es la vida!

— La vida — dice ella — es apurar una copa cuando la hay, ¿sabes? Y cuando no la hay, beberse los sermones del Abuelo, que saben a mono, a monotonía. La bebida me alegra, me inspira, me da libertad, o, a lo menos, me hace sentir la ilusión de que la borrachera es para mí, como para la abeja la colmena de cristal, donde elabora la miel sin ser vista.



— Tú eres la que no ves.

— Yo soy la que no quiero ver, la que no debo ni puedo ver, que sólo así consigo redimirme de otros males. Déjame beber, y luego veremos si soy la peor.

— Yo te quiero como a una hermana y quisiera que en alguna ocasión tomaras la vida en serio.

— En copas, querrás decir.

— Quiero decir que de seguir mis consejos, algún día podré hacer por ti lo que un padre.

— ¡O lo que un abuelo! — dice con chulapería.

Y se alejó del Abuelo, que reflexivo decía: «Tú no pararás en bien. Tú darás con tu cuerpo en tierra como una mujer despreciable. Tú tienes una

fortuna que no aprovechas. Tú me costarás muchas lágrimas.»

Y siguió doblando sus paños, frunciendo la frente y alargando los párpados como amargado del desdén con que la Bailaora había acogido sus palabras.

Pero el Abuelo siente por ella interés inexplicable, y hará cuanto pueda por recogerla y hasta por darle *carrera brillante*, dice él.

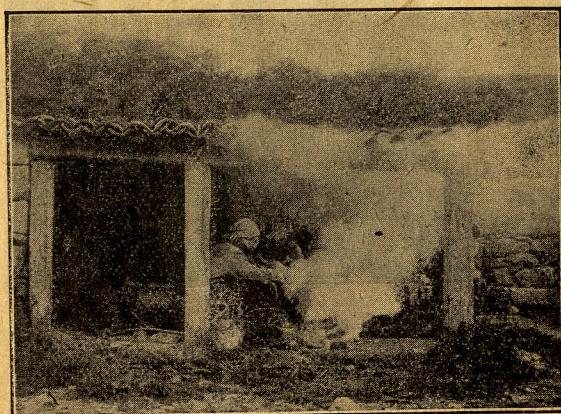
Aparte esta *debilidad*, especialmente sentida por la Bailaora, es el Abuelo el complemento de todas las marrullerías de la *golferancia*, encubiertas con su caja de cepillos.

Y seguía para sí: «Esta Bailaora es una desgracia. Temperamento artístico, belleza aterradora, autora única y *nata* de sus danzas; *volutuosa* hasta *escacharrar* a las gentes, no está bien dejarla abandonada. Hay que protegerla, Nicoti, y tienes que echar el resto. Esta mujer, aunque diga lo contrario la Chata, es una gachí que ha nacido para llegar, si la impelen. Y yo la impediré. ¡Vaya si la impelo y vaya si llegará!

En estas reflexiones embebido, camina el gran Nicoti hacia su campo de operaciones, cuando descubre en una plaza inmenso gentío formando corro. Ríen unos, otros gritan y jalean, y nota unos brazos que describen sinuosas líneas y círculos secantes en el vacío.

Y adivina a la Bailaora.

No sabe si debe seguir o cambiar de rumbo. Luego, el primer impulso es llegar, tomar del brazo a su amiga y llevársela arrastrando. Mas eso se le antoja



indelicado. Pero sigue, inconscientemente, y, al llegar, el grupo se disuelve, aplaudiendo los unos, haciendo comentarios en tonos de commiseración algunos, pronosticando otros desastroso fin a aquella extraña hermosura, y diciendo algunos que merecía la atención de alguien que de ella sacara el partido posible.

Entre tanto, ella, como alocada, se dirigía a la taberna próxima, a donde la quiere seguir el Abuelo, aunque no es posible, porque, al seguirla, le detiene una mano pequeña y descarnada que se agarra a su hombro.

Es la Melindres, acabada expresión de insano y lubricante origen. Depauperada, enteca, enfermiza, reproducción personal del vicio y de la crápula; sedimento de la miseria, pistajo despreciable de todas las lacras, enfermedades y parásitos de un vivir incomprendible. Su falta de fuerza para una vida de actividad corpórea, ha formado, quizás, un espíritu reflexivo y capaz de sentimientos. De su mirada triste se hace esperar algo anímico, humano, y de sus ojos hundidos, de sus labios incoloros y fríos, escasos años de vida. Sigue a la Bailaora en sus correrías, hasta donde le es posible, y, si no puede beber, lo cual es motivo de chirigotas por parte de este engendro, suele alcanzar algún escaso alimento, siquiera sea de mala condición.

Peor es la muerte por inanición. Hay que hacer algo por la vida. ¡Es tan apreciable cualquier clase de vida!

Y el Abuelo medita sobre todo lo que ve, y siente amargado su espíritu y que a la cara le sale el rubor y la vergüenza. ¡Por ellas!

V

La familia aumenta

La vida es un tejido de desdichas, hubiera dicho el Abuelo, como si no supiera que hay seres relativamente felices.

La noche comienza a extender su sombrío manto.

Como las aves, el Rana y el Piojo caminan hacia la guarida de la montaña. Aquél, parado, contempla cómo una a una encienden las luces de gas en un bar, mientras éste husmea algo con qué entretenerte. Un parroquiano le tira



un pedazo de *croisan*, que coge al vuelo, y del que se declara con algún derecho el Rana.

Y seguido de unos mamporros lo parten por igual, y salen andando por la calle. Despues de algunos pasos, doblan la esquina a la derecha; más adelante, echan por otra calle de la izquierda.

La luz es escasa. Ha cerrado la noche. El aire cede al reducido lugar que le ceden las encrucijadas. Pero el frío es intenso. Llovizna. Son contadas las almas que andan por la calle.

Una campana les advierte la proximidad de una iglesia.

Arrecia la lluvia, que cae entremezclada de copos diminutos, a que arrancan destellos los rayos luminosos de un farol inmediato.

— Piojo, no debemos pasar de aquí.

— Pero si nos dijuelan, Rana, nos la ganamos.

— No nos verán, ninchi.

Y se disponen a ocultarse en el claustro, cuando una mujer, esquivando, acaso, temerosa las miradas de alguien, cruza por delante de nuestros *invasores*.

Entre sus brazos, arrebusado cuidadosamente, lleva la mujer algo que se les antoja misterioso.

Los dos se miran, más que con miedo, con cierta inexplicable inteligencia.

Y con gran discreción siguen a la mujer, que camina con paso incierto y mirada, como sus ademanes, alocada.

No se oye más ruido que el monótono que producen al caer las gotas de agua. Y el ruido se interrumpe con un sollozo, mitad, de mortal angustia, mitad, rugido de fiera..... Y una especie de gorjeo corta el sollozo; es un beso que encierra tal vez una larga historia, un pedazo del corazón, un desahogo del alma, el adiós de un pecho que se despedaza de amor y de vergüenza, o de miseria y desesperación.

Y entre el ramaje de un arbusto deposita una cosa.....; y, al querer huir libre de su impedimenta, no puede; y lucha con algo que invisible la detiene.....

Un arranque y un resoplido de alguien a quien le sofoca un fuego abrasador, son como consecuencia del esfuerzo realizado para arrancar de aquel sitio a que parecía la sujetaban titanes y fantasmas.

El Rana tiritaba de miedo. Los pelos de la cabeza del Piojo, como si barruntara hambrientas alimañas, se le veían encrespados. Y se miran con los ojos desmesuradamente abiertos. Castañetean los dientes del Rana, cuyas manos buscan temblorosas las del Piojo, que se abraza al cuello de su camarada.

Pasan algunos momentos que resultan siglos para los dos golfillos, quienes parecen pegados, como caracoles, a la pared húmeda y verdosa.

La frente de ambos ardía. Su corazón parecía querer estallar y romper la mísera armazón que los contenía, y respiraban agitadamente.

— Vámonos — dijo por fin el Rana.

— Veamos lo que ha dejado esa mujer; quien sabe si será algún afano que oculta y nos haremos ricos.

No cabía mayor ni más *discreto* y *ético* discurso en aquel cuerpo miserable,

y quizás era la vocación humana de aquel niño que jamás oyó palabra sana ni razón serena.

— Yo iré primero — dijo el Piojo.

— Y yo contigo — añadió el Rana.

Paso a paso y sigilosamente se acercaron al envoltorio. Revuelven, escudriñan y se miran nuevamente asombrados.

Han descubierto una criaturita.....

Y se normaliza el latir de su corazón; se templan sus nervios; se refrescan sus frentes, y hasta se encuentran forzudos.

— ¡Pero..... si es un niño! — dice el Piojo.

— ¡Un niño?

— ¡Un niño!

— Pero ¿es que le has mirao bien?

— Un niño te digo! Y..... mira que calorita tiene en la carita.

El Rana le tienta la cara y asiente con alegría y emoción visibles.

— Vamos a llevárnosle — dicen a un tiempo los dos.

— Uno más en la cuadrilla, ninchi — dice el Piojo.

— Es claro, esa mujer lo ha dejado aquí para que lo recoja el que lo vea.

— Pero..... esa mujer..... no será su madre.

— Bueno, ¿qué hacemos?

— Por mí llevárnosle — dice el Piojo — . Yo no le suelto, se moriría aquí de frío. Y, espera, Rana, que me paece que.....

Y saca la mano de entre las ropitas, se lleva la punta de los dedos a la nariz.....

— Entendía que..... y pa mí que..... no quisiera engañarme.....

— Bueno, vámónos y to se arreglará.

— Pero y si llora, ¿qué hacemos?

— Pues mira, yo tengo aquí pan y queso.

— ¡Pero si no comerá!

— Pues corrámos con él, allá veremos lo que se hace.

Enmudecen..... Parece que buscan algún recurso para solucionar el conflicto. En aquellos corazones comienza a nacer la compasión, tanto más estimable, cuanto que es espontánea, propia, natural, providencial, santa y humana.



VI

Otros personajes a flote

Mientras discurren sobre lo que conviene hacer, oyen griterío y palmas en sitio cercano.

Y cruza no muy distante la Chata, punto final del hampa; jirón formado a zarpazos de una sociedad indiferente que acumula sus furias en un desalmado

guripa. La Chata no pide; se toma lo necesario para sí y para su hombre, más para éste que para ella misma, famosa por sus hazañas, y gloriosa en los fastos de la golfería andante. No hay empresa para la que no tenga una solución, aun con riesgo de su piel y hasta de su propia existencia, y, ante todo, de su libertad, siempre comprometida.

Y llega oportunamente cuando, al terminar una danza gitana, la Bailaora arrebata a la Melindres los céntimos de la colecta.

Es que la Bailaora, alcohólica incipiente, se apasiona demasiado por la bebida, y logra su propósito yéndose a beber a la taberna inmediata, a donde le acompaña la Chata, que la jalea y le dedica encomiásticos *chicoleos*. El Malasangre acecha la actuación de la Chata.

Es el Malasangre un tipo corriente en la escala de los rufianes, en los que nacidos y criados en el arroyo, aprendieron cuantas malezas y cuantas traperías necesita el ignorante y el abúlico, el inconsciente y el descreído, para ir tirando del carro de la existencia; refinado ejemplar de la baratería, del vivir ocioso y vicioso, que amenaza y maltrata a las mujeres que lloran su tiranía y viven apegadas a sus geniales mentidas valentonerías, que alimentan sus necesidades y sus excesos. Es el celador de las faenas de sus víctimas.

De las escenas ocurridas en plena calle entre la Bailaora y la Melindres y entre ambas y la Chata, sale de suyo ganancioso. Esta arregla siempre las cosas de modo que de los céntimos que la Bailaora arroja sobre el mostrador, quede algún remanente para el Malasangre, a quien con una indicación corriente le hace aproximar, y, previa una hipócrita reflexión, especie de consejo de tendencias utilitarias, se aprovecha de la ocasión para sacar su partido.



— Mira, gitana — suele decir a la Bailaora —, tú no vas bien por ese camino; el beber es propio de los genios, pero es demasiado lo que tú bebes. Ahora mismo has pedido un vaso, cuando con una copilla te bastaría.

Y con cierta autoridad dice al mozo:

— Parte eso en dos o en tres, y, mira, serrana, ten por seguro que te aprovechará mucho más.

Y tomando una de las dos partes en que el tabernero ha dividido la cantidad, la apura de un trago, y al limpiarse, dice, con cierto imperativo desdenoso:

— Vámonos.

Y saliendo a la calle, dice en tono paternal:

— Las mujeres no debéis ir solas nunca, tenéis muchos tropiezos; de no estar yo por aquí, ahora mismo hubieras derrochado todo tu caudal en bebida. Tú hazme caso a mí, chatunga, a quien ahora mismo debes el que hayas bebido y nos haya quedado algo para más tarde. Esta es un gran ministro del ramo de la hacienda pública. Hazla caso.

VII

Una idea humana

Mientras se desarrollan las anteriores escenas, el Rana y el Piojo discuten sobre lo conveniente respecto de su hallazgo.

— ¿Y qué haremos con él? Está ya mojado y se moriría de frío — dice el Rana.

— Yo sé cómo lo podemos arreglar. Tú te quedas con él por la mañanita — dice el Piojo —; de mi bote de rancho comeremos los tres. ¡Es muy guapito!

— Pues ¿y cuándo le vea la Melindres?

— ¿Y cuándo le vea la Bailaora?

— ¿Y la Chata?

— ¿Y el Malasangre?

— Ese..... ese será capaz de zurrarnos por haberle traído a casa.

— Y nosotros le damos a él una pedrada en la cabeza.

— Y se lo decimos a un guardia.

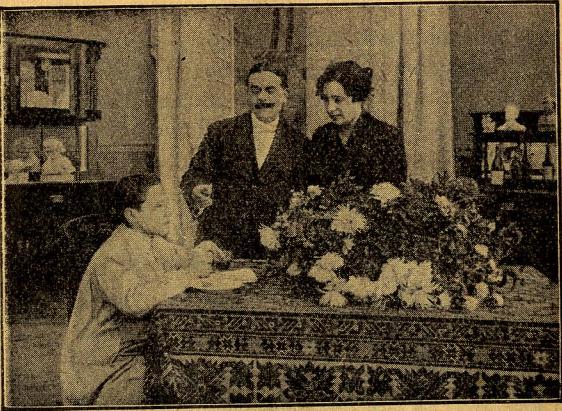
Y en parecidas consideraciones seguían su camino, un camino incierto, pero al amparo del amor humano, del amor al hombre, de ese sentimiento que han dado en llamar filantropía o altruismo, sustitutos de la hermosa voz



caridad. Y alternan para descansar del peso y de la fatiga de su preciosa carga.

De pronto corta su carrera una voz quejumbrosa de mujer y repetidas imprecaciones y blasfemias de un hombre.

Se acurrucan en el dintel de una puerta y ven pasar, impelida por un terrible golpe recibido de un hombre que la persigue furioso, una mujer que le increpa con altivez y rabia aterradoras. Desgreñada, los ojos arrojando fuego, y espuma la boca, hacen prever una catástrofe. Cualquiera esperaría que, como una hiena, llegaría a lanzarse aquella mujer sobre su verdugo.



Los chicuelos reconocieron al instante a la Chata y al Malasangre, a quienes vieron pasar con terror ante la posibilidad de ser vistos y despojados brutalmente de su preciado hallazgo.

Siguieron su camino; y próximos al punto deseado, dice el Rana:

— Ya estamos. ¡Qué bien si al llegar nos encontráramos con una mujer que le diera de mamar y hubiera lumbre para calentarle!

— Eso lo hará todo la Melindres — dice el Piojo.

— Pero si la Melindres..... no tiene eso.

— No importa.

Es que con toda su golfería ignoran ciertas condiciones y hasta les causa rubor llamar a las cosas por su nombre. A las cosas que acaso estiman impropias de su capacidad.

Y llegan, aunque no sin cierto temor, a su guarida cargados, y sudorosos, a pesar de lo crudo de la noche.

Con el silencio de la hora llegaban fácilmente las palabras de los niños de risco en risco hasta la covacha en donde las oía la Melindres, que salió a recibirlos extrañando aquella charla. Y su sorpresa es terrorífica, creyendo que el lio que llevan es objeto de un feo delito.

— No te asustes, Melindres — dice el Rana — ; nos lo hemos encontrado.

— ¡Pero!.....

— Si es un niño — dice el Piojo, con cierta sonrisa no muy ajena de temor de que no se le recibiese muy bien si acaso iba a agravar la situación.

Y la Melindres tomó el niño; con exquisito cuidado lo besó, lo acurrucó contra su descarnado pecho, lo volvió a besar, como si con el calor de sus besos

único que podía tener, quisiera darle el calor necesario para la vida..... Y un diluvio de preguntas cayó sobre los golfillos.

En un porche cercano arden unos tizones que prestan calor a unos viejecillos no menos desgraciados que ellos, y allí se encaminan todos.

Un rayo de alegría inunda la miserable mansión.

Y a medida que van llegando los *socios*, va aumentando la algarabía.

El Abuelo es la única persona que falta.

— Ya veréis cómo, cuando venga Nicoti — dice la Melindres — , busca algo para que cene.

Y como por reclamo. El Nicoti, o sea el famoso Abuelo, se acercaba canturreando el último cuplet.

Al encuentro le salen los chavezas, notificándole la feliz nueva, y, acelerando el paso, y descolgándose del hombro la caja, corrió a enterarse de todo por la Melindres.

— Un demonio son estos chicos — dice el Abuelo, casi emocionado — . De modo que.....

En la suspensión se encerraba la magnitud inmensa de una confusión inexplicable.

No tenían que comer, ni luz, ni lumbre, ni ropa, ni casa, ni más que miseria.....

Aquella noche se ha obrado algo providencial en las almas de aquellas gentes.

Dios ha inspirado e influído en aquellos corazones un rasgo de su infinita grandeza.

Y la alegría inunda la mansión miserable, la zahurda, que se hace entonces el templo augusto del más hermoso de los sentimientos humanos: la caridad.

Se prohijará el niño, se le cuidará. Todos, todos; los viejecillos de aquella choza, la Melindres, el Abuelo, el Rana, el Piojo..... todos *trabajarán* para él, para que viva. «Para que se haga grande», decía el Piojo.

El Abuelo quedó un momento meditabundo, y luego volvió en sí, dirigiéndose a los pequeños:

— ¿Y decís que aquella mujer debía ser su madre?

A lo que contestaron nuevamente los chicos:

— Sí que lo sería, *porque lo que hacia.....*

Y el Abuelo se *arrancó* cantando:

— El chacal con ser chacal
se cuida de sus chacales,
y mi padre siendo un hombre
a mí me dejó en la calle.

Y al terminar su melancólica cuarteta, volvió en sí, alternando en la alegría de sus colegas.

Y se hizo cena y hubo vino y pan.

El Abuelo había trabajado aquella tarde y recogido algunas propinas. Se le había *daío* bien y podía ir hasta por una poca de leche para el recién llegado.

Y continuó la gran alegría.

Y se puso al niño por nombre Alberto, que la Melindres no sabía por qué era nombre que le sonaba muy bien.

Gritos de alegría, ecos de algazara, cánticos de hondo sincero sentimiento resuenan en la montaña. El júbilo infantil se desborda dentro de la pobre guarida de los viejos pordioseros.

Es que el hampa celebra con un *acto* la bondad de los niños salvadores del otro abandonado.

Y se aquietan los vientos, la lluvia cesa, los niños callan y los mayores sisean temerosos de que el ahijado se despierte, que al parecer duerme tranquilo, abrigado junto al pecho de la bondadosa Melindres.



Las nubes se despejan, las estrellas rielan destellantes. Un rayo de luna, penetrando en la guarida por una especie de ventana, ilumina el pálido rostro de la improvisa madre y la carita angelical del nuevo habitante de la montaña.

Los ancianos velan, y por sus mejillas se deslizan lágrimas que la emoción arranca a sus doloridos corazones.

VIII

La otra cara del vivir

El despertar de la vida activa se aproxima.

Los primeros rayos de la aurora comienzan a dibujarse en Oriente.

El rumor de las olas que se aquietan va cediendo poco a poco. Los habitantes de las zahurdas y covachas de la montaña se hallan en los momentos de mayor tranquilidad, y su sueño es realmente confortativo.

Comienzan a dibujarse las siluetas de torres y edificios, y a lo lejos se oye el traqueteo de los carros de carga, cuyo ruido acusa su dirección y objeto hacia los muelles de carga.

Un fagonazo en el muro oriental de la fortaleza ilumina la rizadura del mar e instantánea detonación hace trepidar la rocosa montaña.

A la tercera de las veintiuna descargas que verifica el cañón, se halla en movimiento la población de aquellas mazmorras.

El frío de la madrugada y la sorpresa descomponen horriblemente las caras de los guarecidos.

No es un enigma el cañoneo. Anunciado el próximo alumbramiento de una princesa, las detonaciones denuncian el nacimiento de un príncipe.

Las cornetas y clarines de inmediatos cuarteles dejan oír sus acentos, y a poco las músicas de los regimientos siguen en sus alegres marciales dianas.

La golfería, pasada la primera impresión de la novedad, vuelve a sus guardias, en donde si falta oxígeno, tampoco penetra el aire ni, por lo tanto, el sol, que poco después extiende por la tierra su aurífera cabellera, derramando riqueza y alegría.

Es que parece que todo huye de aquellos tugurios, como parece que huyó la caridad de los hombres, la atención de la sociedad humana pudiente y bienhechora.

Y entre tanto, por coincidente paradoja y con el ceremonial de gran gala y etiqueta de la Corte, se verifica la presentación del nuevo príncipe a los altos dignatarios palaciegos.

Y en cuanto el sol franqueó el inmenso horizonte y sus doradas hebras hermoseaba la montaña, comenzaron a salir de sus hediondos agujeros, como hormigas que se apíñan, comentando el acontecimiento de la noche que han divulgado ya, el Pijojo y el Rana, y el de la madrugada que acababan de dar a conocer el estampido del cañón, los agudos sones de las trompetas y clarines y las armoniosas dianas de músicas y charangas de la guardia de la plaza.

Tres personas faltan en el recinto. Los dos ancianos Gilda y Turpín. Aquella prepara trapos para envolver en algo seco a la tierna criatura, y Turpín hace astillas una tabla vieja para hacer lumbre y calentar un poco de agua.

Gilda no había sentido jamás el santo placer de la maternidad. Sirvienta en casas de mucho postín, ya hacía años, había visto que los niños se lavaban y quizás convenía hacerlo, mudarle y proporcionarle algún alimento. Lloraba; quizás tenía hambre.

La Melindres parecía tenerlo pegado a su pecho. Sus brazos, como anillo



férreo, sujetaban al niño, sin que consintiera que pasara a los brazos de tantos como lo solicitaban.

El Abuelo, que fué de los primeros que por el Rana y el Piojo se enteró del hallazgo y que no había podido dormir en toda la noche pensando en la madre natural del niño abandonado, apareció con los primeros cañonazos y desapareció antes de que el sol se marcara en su nacer.

Había entrado en la cabaña, había besado al niño y pronunciado un *terrible terno*, desapareciendo sollozante.

Le habían visto correr por la falda de la montaña; quizás ilusionado con encontrar a la desnaturalizada madre, tal vez desgraciada, hambrienta, ¡qué sabía él!.... en el lugar del hallazgo.

La Bailaora y la Chata hicieron sus carcasas al niño y hasta opinaron que entre todos podrían *hacerle hombre*. El Malasangre entró en la choza, miró al niño, hizo un gesto de desdén y un movimiento de contrariedad, saliendo malhumorado.

Ante semejante actitud, los ancianos Gilda y Turpín musitaron unas palabras que, llegadas a oídos del Malasangre, aunque sin haberlas entendido, dieron lugar a una repugnante amenaza.

El Rana y el Piojo llegan jadeantes anunciando que el Abuelo viene, y salen a recibirle, descargándole de lo que trae en las manos.

Y, corriendo los tres, llegan a donde está la Melindres, dejando a su lado un jarro con leche, pan, azúcar y en un papelón desperdicios de galletas.

— Esto para nuestro ahijado; todo — dice el betunero — ; y para ti, Melindres, que vas a ser su madre, yo trabajaré mucho y te traeré lo que necesites. Ahora tienes pan, y, mira — dijo sigilosamente — , toma en cuanto puedas un traguito de este vino y no te muevas de aquí, ¿sabes? Hasta luego.

Y los tres se dirigieron a la gran urbe.

El Abuelo corría como un desesperado con su *estuche* de betunes y cepillos. ¡Cómo iba a trabajar desde aquel día!

El Piojo y el Rana tomaron la misma dirección que habían traído con el niño, con Alberto, que era ya de todos y por el que todos habían sentido franca simpatía.

— Luego, cuando sea como nosotros, jugaremos los tres — decía el Rana.

— Y nos acompañará en nuestra faena — dijo el Piojo.

— Y también pedirá limosna.

— Y traerá más que tú.

— Y más que tú.

— ¡Tampoco!

— ¿Cómo que tampoco?

Y que sí, que no, que tú haces esto y tú lo de más allá, que se lían a pescozones, y hubieran corrido peligro las pocas narices del uno y las orejazas del otro; pero la feliz llegada de un guarda de muelle, puso término a la pendencia, cogiendo a cada uno de los dos del brazo y llevándolos a la cantina, en donde

les amonestó y les dió parte del almuerzo con un sorbo de vino a cada uno, diciéndoles:

— Eso lo hago para que sepáis que los hombres se han de respetar unos a otros y ayudarse en lugar de maltratarse. ¿Seréis buenos?

Y ambos prometieron no volver a maltratarse.

Ante tan solemne promesa, el guardamuelle les dió diez céntimos; y, en manos de cada uno la correspondiente *perrilla*, salieron a escape gritando:

— ¡Para Alberto!

Intrigó el hecho al hombre de corazón y los llamó.

Volvieron, y les hizo explicar quién era Alberto.



Oída la historia referida por los niños, los despidió, y el guardamuelle quedó hondamente preocupado y diciendo para sí: «¿Será posible? ¡Dios mío, Dios mío! Las fieras son más dignas que algunas personas.»

Y cuando los golfillos cumplieron su propósito de poner en manos de la Melindres aquellos céntimos, salieron para la ciudad. Era ya entrada la mañana, y, recorriendo calles y rodeando manzanas de casas, dieron con sus cuerpos en una de aspecto señorrial, en donde un portero de librea, sin asomos ni ribetes de aristocracia alguna, repartía limosnas. En la casa, propiedad de un banquero, don Heriberto López, de opulenta posición, e hijo del dueño, había nacido aquella noche un varón; y la familia, en gracia a tal divina y natural merced, obsequiaba a los necesitados con unas monedas, hecho que no deja de tener siempre una relativa importancia; al menos puede creer haber hecho algo digno de la vulgaridad, quien se arroja a tales dispéndios, que más fomentan la miseria que remedian la pobreza.

sabilidad criminal en que incurrián. Porque ciertamente que no fué aquello iniciativa propia, sino instigación del avaro que busca el lucro a costa de la honra y de la libertad del necesitado.

Y dicen al baratillero:

— Nada más que esto hemos encontrado. Tenemos mucha hambre. Démos siquiera para poder comer algo.

Y con sardónica sonrisa significa el de los trapajos y muebles sucios la escasa importancia que tiene el negocio que traen los muchachos.

XI

Un plante

Los guripas de la tribu que nos ocupa van adquiriendo personalidad. Han crecido; la vida que hacen se presta a aventuras interesantes.

La Chata resuelve redimirse, por fin, de la brutal esclavitud del Malasangre. «Basta de zarpazos y de alimentar sus vicios e instintos de fiera.....»

Y se decide a abandonar a aquél que la hace conducto de las inmundas carnales apetencias del bruto; de sus bofetadas y patadas, de sus rapacerías y del constante tormento por torturas inconcebibles.

Quiere buscar trabajo, quiere ser útil a la humanidad. Quizás busca la redención purificando su cuerpo por el sudor de su frente. Y camina de puerta en puerta, de taller en taller, de obrador en obrador, sin que una mano piadosa se le tienda para dar el salto sobre el lodo, ni un corazón compasivo se incline a su favor, en favor de su renovación, de su purificación en la labor, en el trabajo necesario. ¡Inútil pretensión!

¿No será capaz de redimirse?

¿No la creen capaz de hacer nada provechoso?

Y continúa su calvario, cada vez más abundoso de espinas, cada vez tropezando con mayores obstáculos....

Ruega.... Implora.... Suplica....

¡Todo inútil!

Y llega a una fábrica, cuyo conserje la reconoce, y, mirándola de hito en hito, la dice:

— ¡Sí!.... Muchas dicen lo mismo. Vete, vete pronto. Las golfas de tu catadura no trabajará nunca en casa como ésta, honrada y digna.

Es que hasta los humildes, los más próximos, tal vez, a la realidad de la vida, desoyen sus ansias de redención.

«En casa como ésta, honrada y digna!....»

Eso dijo el conserje. Quizás también la empresa o el amo estimaba más la apariencia de la honradez y dignidad en su concepto social, que el imperio de los preceptos evangélicos.

Y la malaventurada golfa, víctima de sus veleidades y de sus miserables flaquezas, falta siempre de valor y de entereza, volvía a flauear, se sentía

otra vez cobarde, y comenzó a verter lágrimas de dolor, quizás de miedo, ante el temor de caer nuevamente en las garras del malvado tirano Malasangre.

Y como por obra de santidad, acertó a encontrarse con la buena Melindres, que poco a poco había logrado una pequeña posición, la necesaria para redimirse del hambre y educar modestamente a su pequeño Alberto, separado de las tremendas contrariedades de la miseria; y, como siempre buena, oída la odisea de la desgraciada Chata, la dice:

— Bueno, no te apures. Yo creo que si queremos podemos redimirnos de nuestras calamidades. Si tú quieres trabajar, trabajarás, porque no ha de faltarte dónde.

Yo..... yo también.....

¡Pobre!..... ¡Cuánto sufres! ¡Anímate!.....

Y la Chata rompió en amargo llanto, haciendo llorar a la Melindres con verdadera amargura, con pena profunda, oyéndola decir:

— Melindres, mi pobre madre me contaba una terrible historia. Era ella huérfana de madre; su padre la llevó consigo a Cuba y a los pocos meses de su permanencia murió de la fiebre amarilla. «Sola, decidí mi regreso a España, decía, para lo cual, falta de recursos, apelé a la bondad del capitán de una goleta que se hacía a la mar con rumbo a la patria. A los pocos días de navegación fuí requerida de amores por un mozo todo arrogancia y valentía, a quien desaire con exquisita cortesía. No bastó eso para hacerle desistir, y, buscando las vueltas a su capitán, que velaba constantemente por mí, deslizaba palabras amorosas a mi oído. Le ofrecí, por último, concederle mi amor al llegar a tierra, y pareció dispuesto a esperar.

»Una tarde en que el sol iba a esconderse en el ocaso, comenzaron a formarse grandes nubes; cerró la noche por completo; las olas comenzaron a encresparse imponentes; el rayo cruzaba el espacio con frecuencia terrible; el trueno no cesaba.....; la muerte se cernía a nuestro alrededor, que, rota la quilla, desarmado el timón, el huracán furioso y la tormenta aterradora, quedamos a merced de las olas, únicos supervivientes, mi enamorado y yo. La angustia era mortal. Los demás tripulantes habían sido barridos de sobre cubierta. Imploré su auxilio, loca de terror; me asió por la cintura y no supe más de mí hasta el amanecer, que desperté como asombrada del azul purísimo del cielo, del sol espléndido y de la tranquilidad del mar.



«Me encontré sola....; volví la cabeza y, con espanto, vi el cadáver de un hombre.... ¡Era él!....

«El cielo, con sus rayos, había vengado el ultraje de aquella bestia feroz, que, sin temor al tétrico momento ni respeto a una inmaculada pureza a él entregada y confiada, se burló de lo divino y de lo humano.

«Quise reconocerme, incorporarme, pedir amparo, y.... al ver mis ropas destrozadas por la tempestad y mi cuerpo desgarrado por la brutalidad de aquella fiera inhumana, me sentí caer sobre cubierta, desvanecida, desplomada, casi sin vida.

«No sé lo que pasó después, si no es que desperté en un vapor español, asistida de unos nobles caballeros que me prodigaban gratísimos consuelos».

.....
Apenas contaba yo seis años, Melindres, cuando la última noche de tantas como la vi gravísima, se abrazó a mi cuello, me besó en la frente con un beso frío.... frío, que creí sentir que se me helaba el corazón.

Vinieron dos hombres al día siguiente, me levantaron de sobre el cadáver de mi madre en que me había quedado dormida, colocaron el cuerpo de la pobre muerta sobre unas andas y salieron de la habitación.

Los seguí, llegué tras del carro en que creí que la llevaban, y al borde de la fosa me dejaron darla el último beso.

Entonces.... me habló, o por lo menos se reprodujeron en mi oído sus últimas palabras: «¡Mata! ¡Mata antes que consentir el ultraje, el deshonor, el escarnio de tu virtud! y mata antes que nadie mancille tu pureza.... ¡Mata a tiempo, ya que a mí me faltó el valor necesario para salvarme!»

Volví a mi casa de noche; la encontré cerrada; no sé dónde fui y corrí a la ventura.

Crecí, me sentí mujer en medio de la ola de fango de que aun no he podido verme limpia; quise, con toda la decisión que me infundían las últimas palabras de mi madre, matar....; pero matar.... ¡No! ¡No, madre mía! ¡La sangre abraza mis manos!....

Y sufro la más terrible de las cruelezas, la más brutal de las tiranías; término lógico de una vida en que el abandono se enseñoreó de mi voluntad y de mi suerte.

El no es culpable; lo es, sí, la fatalidad, esa fatalidad que se labora en la abulia de los unos y la incuria de los otros; de los que deben obligar a ser buenos, si es que en moral hay algo que pueda defender a una niña de los zarpazos de una sociedad corrompida.

Sufro y llevo mi cruz; voy enlodazada por el mundo, envuelta en el oleaje que azota mi cuerpo, como las furiosas olas del mar barrían la cubierta de la nave sobre la que mi madre sufrió el terrible martirio que dió por resultado un ser, producto de una tormenta de la naturaleza y una tempestad del corazón y del alma de un hombre fiera.

¡Compadéceme! ¡Ayúdame!.... Y a ti te deberé lo que no he podido conseguir de las leyes que han escrito los hombres, ni de los libros que han escrito los sabios.

XII

Corte de conversación]

Cuando toda la génesis de la vida de la desdichada golfa acababa de dibujarse por ella misma, cruzó por delante de ellas S. A. R. el Príncipe Enrique, heredero de la corona. La presencia del simpático personaje, por quien el reino entero sentía verdadero cariño, recordaron las dos golfas la noche de su nacimiento, el hallazgo de Alberto.

Discurría el Príncipe por el gran paseo entre las aclamaciones de la muchedumbre.

También las mujeres dieron sus vivas, hecho que no pasó inadvertido para el futuro monarca, que saludó sonriente a las dos desgraciadas.

«El hijo del arroyo», Alberto, aprovechó la distracción de su madre y corrió a reunirse con sus compañeros.

Las mujeres volvieron a su conversación.

— Chata — dijo la Melindres —, quisiera que vivieras con nosotros; que a nuestro lado conquistarás una reputación de mujer honrada y trabajadora pero ¡son tan escasos nuestros recursos!....

No tenemos más patrimonio que nuestra modesta ocupación, que apenas si nos proporciona lo necesario para un miserable alimento y una habitación en que nos cobijamos.

Y, guárdame el secreto, no quiero atormentar a mi Alberto, me siento enferma, muy enferma. Quizás ha prendido en mí la terrible tuberculosis.

Y al volver la cabeza, ve un remolino de gente.

Llevadas de la natural curiosidad, ven aún a Alberto colgado del coche de su Alteza.

Y observan que alguien que representa el orden social y que por él vela.... más que por el social decoro, se lanza sobre el inconsciente chicuelo y lo zarandea bruscamente.

Asimismo observan que el popular diputado de la nación, don Juan Platón, cuyas radicales ideas tantos adeptos le ha proporcionado, llega al lugar del suceso abriendose airosamente paso.

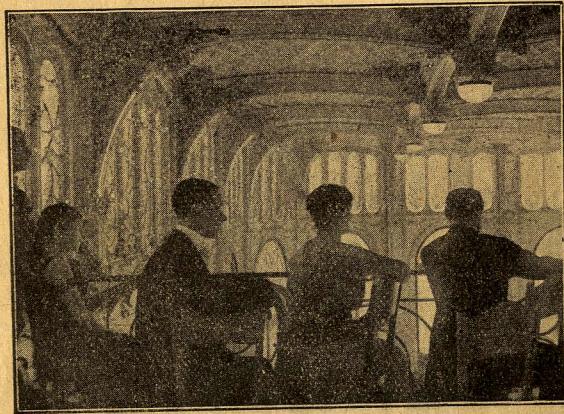


Ya el Príncipe se había apeado del coche y dirigido al guardia en estos términos:

— Estimo, guardia, que vuestro procedimiento es un tanto brusco e impropio para con un niño.

La palabra prudente, suave y persuasiva edifica y corrige. El castigo embutece.

Debierais recoger a ese niño y confortarle con el buen ejemplo.



Y el Príncipe, después de acariciar al niño y con gran afecto insinuarle el mal que pudiera acarrearse con sus travesuras, le obsequió con unas pesetas y volvió al coche.

El diputado Platón había escuchado las delicadas palabras del Príncipe, y en su feroce interior las celebró y las subrayó con otras semejantes. Y al terminar, presentando su tarjeta, dijo al guardia:

— Yo me hago cargo de este niño y por él responderé si llega el caso. Retírese.

Y guiado por el niño fué a donde estaba la madre, asustada, acobardada y, tranquilizándola, la hizo presente que lo llevaba a su casa. A lo cual accedió la pobre mujer, hasta con cierta satisfacción.

XIII

Alrededor del fuego

Mientras se desarrollaban las precedentes escenas, en casa del baratillero se concertaba algo interesante.

El Rana y el Piojo se habían hecho a la querencia del logrero y no dejaban la ida por la venida.

Comprendió el trapero que de aquellos chiquillos podía sacar partido, a cuyo efecto les decía:

— ¡Sois unos percebes!....

De ser un poco avisados, yo sus diría dónde, cómo y cuándo se hacen los negocios.

Aquí, chavezas, la cosa está por explotar. Bien cerca de aquí.... — Y sonreía

socarronamente — . Bien cerca de aquí.... Pero.... ¡silencio!.... ¡Llaman? Entrad aquí...., que no sus vean...., que me parece que sois poco avisados.

Y se interrumpió la conferencia para dar entrada a una pareja de extraña catadura.

El Abuelo y la Bailaora irrumpen en el despacho del baratillero-ropavejero.

— Necesito, ¿sabe? — dice el Abuelo — , pues un terno decente y de visu para ésta.... Porque ande la ve usted se presenta hoy pa el debate, y debe ir como lo que es, la reina de lo suyo.

Porque ésta.... hará suerte. ¿Sabe usted?

El ropavejero la miró con ojos entornados, queriendo ahondar con la mirada; mas la Bailaora, que iba su miajita engréida, hizo con la boca un gracioso mohín y dió una rabotada que, seguramente, hizo estremecer el alma del trapero, que, con sus ademanes apocados y frotándose las manos, invitó a la pareja a pasar al almacén, de donde al poco rato salía la joven ataviada *ad-hoc* para una lucida presentación.

Y es lo que él decía, gesticulando y accionando todo lo posible con las manos y *con la cara*:

— ¡Lo ves, peazo de cielo, lo ves? Diecisiete reales y vas a ir hecha una princesa, que ni la Pastora Imperio, la Requel Meller, ni la misma Geraldine, podrán ponerse a tu vera.

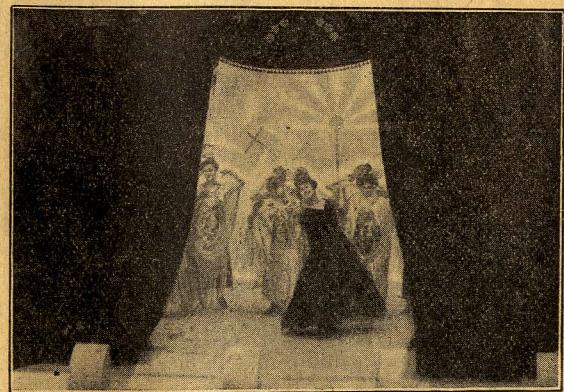
Pero de aquí — significando empinar el codo — has de darme palabra de la más *parca astinencia*. En la gloria no se puede entrar con papalinas.

La Bailaora lo oía todo como quien oye llover; tenía poca fe en cuanto le prometía el Abuelo.

XIV

Los primeros pasos en buen camino

Desde e famoso y elegante parque de la ciudad en que el diputado señor Platón se había hecho cargo del niño Alberto, hasta la llegada a la casa del inopinado protector, hubo entre ambos una interesante conversación, de la cual el diputado sacó el convencimiento de que se las había con un muchacho inteligente.



Llegados a la casa, el diputado hizo la presentación del niño a su digna esposa, exponiéndole su proyecto de protección.

La señora de Platón acarició al niño y aplaudió la hermosa y filantrópica idea del marido.

— Tú quieras ser hombre de provecho, ¿no es verdad?

Y a la respuesta afirmativa de Alberto, continuó el popular diputado:

— Pues yo te ofrezco esta casa y mi ayuda; toda mi protección. ¿Aceptas?

Y con expresión de alegría interna, Alberto respondió que sí, añadiendo algunas infantiles frases reveladoras de sincera gratitud.

A ciertas preguntas del matrimonio protector, hizo el niño las siguientes manifestaciones:

— Yo no he conocido a mi madre. Sé que una pobre niña hizo sus veces....

Me apena pensar que he de dejarla sola. Creo que si la abandono....

No, no; ella no querrá....

Yo no podré dejarla. La quiero con toda mi alma.

Tan sentidas y sinceras manifestaciones enterneceron al matrimonio y sintieron mayores deseos de protección.

— El gran Pérez Galdós — dijo el señor Platón dirigiéndose a su señora — nos presenta en su novela «Misericordia» un Antonio que se regenera.

Y dirigiéndose al niño:

— Yo veo que tienes corazón y sentimientos, y quiero, con tu propia ayuda, que seas un hombre de provecho. Ve por esa niña, y, de acuerdo con ella, procuraremos que seas lo que nos proponemos: útil para ti, para esa niña y para la humanidad.

Trabajarás...., estudiarás.... Lo que quieras; pero has de hacer uso de las facultades de que estás adornado.

Y entregando al niño unas monedas, le autorizaron para marchar a comunicar a su madre adoptiva lo ocurrido.

XV

La transformación

La golfa conocida con el apodo de la Balaora, la famosa bailarina de la puerta de las tascas, la desgraciada alcohólica incipiente que tanto que hacer lleva dado a todos los municipales de la capital, ha sufrido una metamorfosis.

El Abuelo, cuyo corazón es un mundo de bondad, no quería vivir arrastrando la vergüenza que tantas veces le había hecho pasar aquella *socia*.

Y venía ya mucho tiempo trabajando la colocación de la Balaora, según se ha indicado antes.

Ya estaba en posesión de una tarjeta; el día en que se hizo posible la presentación había llegado, aunque con algún retraso, motivado por no tener reunidos los reales necesarios para los equipos correspondientes a una presentación decorosa. Una cosa es lustrar pares y otra presentarse a un gran

señor, nada menos que representante, director, organizador, contratista e instructor de empresas coreográficas.

«Diecisiete reales invertidos en ropa de ambos sexos, decía él, no son cualquier cosa.»

Y sabremos lo que sacaron por el importante capital de referencias, y que podremos apreciar mejor en el acto de la presentación, camino de la cual van los dos amigos, mientras en casa del diputado señor Platón, entre el matrimonio, la Melindres y Alberto, se concierta un plan de vida que seguramente ha de dar por resultado, contando con una acertada dirección, la regeneración del niño abandonado, Alberto, «El hijo del arroyo».

XVI

JORNADA PRIMERA — Segunda Parte

Pertenece a la categoría de los lugares comunes en ciencia y literatura el que «los primeros momentos de la humana educación son fundamentales, y que sobre ellos descansa generalmente el porvenir de los individuos».

Pero así y todo, ni el legislador, ni el moralista pueden desconocer el enunciado, la razón de su virtualidad, ni las consecuencias de su recta comprensión.

Así se han modificado las razas, las clases, las sociedades, las familias, los individuos.

Y así también, cuando se carece de elemento educador o de ambiente educativo, lo inmediato es la atrofia de las facultades anfímicas, la abulia, la pereza, la corrupción. Y cuando al abandono se le asienta en el lodazal o en el lodazal se cae, difícilmente se sale indemne, si no se muere en el fango de todas las miserias y de todas las calamidades.

Nuestros personajes todos, cual más, cual menos, son, por desgracia, como microorganismos del cieno social; contaminados con todos los gérmenes patógenos, es difícil su purificación; mas la educación hace milagros, y quién sabe si vendrá la milagrosa regeneración de algunos de ellos.



Ya en la calle, decía el Abuelo:

— Bueno, prenda, ya estás encaminá; ahora, si no descarrillas, vas derechita a la gloria.

— Te digo que confíes, chico; palabra.

— Es que la decencia.

— Palabra; yo te juro por mi honor que sabré dejarte como debe hacerlo una señora.

El Abuelo no podía hablar de emoción. Creía de buena fe que aquella mujer sabría aprovechar la gran suerte que él le había proporcionado. Así iban los dos sin hablar palabra, ensimismados, quizás haciendo cálculos, y en ellos embebidos, tanto, que no notaron que con ellos se cruzó la Chata, que vagaba errante y sin amparo por las calles. Deprimido su espíritu, sin posible orientación, sin un miserable albergue donde cobijarse.

Y.... lo inevitable. La catástrofe, la voragine en sus más crueles manifestaciones humanas.

Las punzadas del hambre se avivaron al pasar por frente uno de tantos cabarets como conocía.

Al llegar a la puerta topó con tres o cuatro señoritos que habían pasado allí el día poniendo en salsa de Valdepeñas la merluza que la noche anterior habían pescado en un mar de champagne. Al verla se propasaron y trataron de derribarla en el suelo. La Chata se defendió, gritó; gritaron ellos, y la policía, atraída por el escándalo y el abucheo, sujetó, no sin grandes esfuerzos, a la pobre mujer y la condujeron a la cárcel.

De la detención de la Chata se enteró el Abuelo por una rara casualidad, y sin reparo alguno se lo notificó al Malasangre.

¿Qué tiene de particular para él?

El Malasangre se goza en el sufrimiento de la Chata, y para mayor tormento se llega a la cárcel y la hace salir al locutorio.

— Lo ves? — dice — . Eres mía. Será inútil cuanto hagas por huir de mí. No encontrarás oído abierto a tus lamentos. A donde vayas me serás devuelta.

Vuelve, vuelve a mi lado y sé buena y no te obceques, Chata.

Y, llorando, decía la pobre mártir:

— Con qué derecho te instituyes señor y tirano mío?

¡Soy libre como el águila!

¿Por qué pretendes someterme? ¿Qué derecho tienes sobre mí, di?

— El derecho de mi brazo, que humillará tu soberbia, princesa. Es el único derecho positivo y de prácticos resultados para ti.

Con que, no seas terca....., atiéndeme, que te interesa.

Me abandonaste, y te encuentras en la ratonera. Hazme caso y no te irá mal.

Y se veía la rabia y el despecho que brotaba de sus ojos. Y sin temor ni respeto al lugar, metió la garra por entre los hierros del locutorio como si quisiera darla un zarpazo, e insistió repetidas veces, porque ella también, al ver cerca de sí una mano, quiso atarazarla como una hiena.

XVIII

Un debut afortunado

La Bailaora hace su debut con el nombre de «Rosa Saignante». La especulación era general; la noche era deliciosa; la sala estaba como las noches de grandes acontecimientos.

Al aparecer en el palco escénico cae sobre ella una lluvia de flores y palomas y en su primer número el entusiasmo es delirante.

La figura de la Bailaora ha lucido toda su gracia, su belleza; toda la voluptuosidad de un arte exquisito, fino, elegante y original.

Y el público la aclama entusiasmado, frenético.

Por su camerino desfila lo más selecto de la buena sociedad; se hacen los más risueños vaticinios, y las cestas de flores, y las felicitaciones, y los ofrecimientos, y los apretones de manos se cuentan por números elevados.

A tanta gloria, a éxito tan asombroso, corresponde lo que por hábito es imprescindible para la Bailaora; y el desastroso vicio del alcohol, adquirido ya en la infancia, se apodera de la victoriosa aquella misma noche de una manera horrible.

Y el triunfo acaba en *juerga* tempestuosa, en borrachera descomunal, enloquecedora.

Una circunstancia nos obliga a separar nuestra vista de aquel cuadro en que señoritos chulos, caballeros graves en ocasiones, hombres al parecer sesudos algunos días, *gente bien*, en una palabra, se revuelven entre las flores y las suripiantas bajo un torrente de golosinas y vinos espumosos.

La circunstancia a que nos referimos es el haber columbrado un hogar feliz. Alberto, «El hijo del arroyo», ha conseguido con asombrosa rapidez aprobar los estudios necesarios para comenzar la carrera de abogado, en la que avanza triunfante.

En modesta habitación, en que unas sillas y un aparador con varios cuadros y platos, que constituyen el adorno de las paredes, una mesa de comedor sobre la que hay una débil lámpara y una torre de libros.



Alberto estudia afanoso.

Una mujer de aspecto enfermizo le acompaña, y de vez en cuando le dice:

— Alberto, hijo mío, no te fatigues, no sea yo la culpable de algo inesperado. Tus esfuerzos me apenan.

— A ti, madrecita, te lo debo todo. Déjame velar por ti, atenderte como merece tu sin igual cariño. ¡Te quiero tanto.... tanto!....

Madre mía, todo sacrificio lo encuentro insignificante.

Así habla Alberto a aquella pobre mujer que le sirvió de madre cuidadosa, amantísima.

La buena Melindres había sido su sostén; a ella le debía maternales cuidados, noches de insomnio, dulces palabras y hasta prudentes consejos. Ella, trabajando sin descanso, restando a su cuerpo elementos de vida, le había sujetado a su lado, librándole de la compañía de sus iguales.

No tuvieron tanta suerte el Piojo y el Rana.

Ya casi, y sin casi, hombres, seguían el rumbo que el abandono les marcara. Unos días por hambre y por calor otros, concurrían a la casa del ladino baratillero, cuyos negocios más limpios consistían en la inducción para los hurtos que iniciaba a los desgraciados, estimulándoles con miserables men-drugos.

La desgracia la estimaba un pingo despreciable, pero de ella sacaba siempre partido.

— Mucho tiento — dice al Rana y al Piojo en cierta ocasión — ; si os avispaís unas miajas, el negocio es redondo. Si sois torpes, me comprometeréis.... ¡Ay entonces de vuestra piel, infames!

Y los lanza al crimen, a cooperar a un escalo, en el cual, sorprendidos, ingresan en la cárcel, sellando así sus juveniles frentes con el estigma que les apartará siempre de los hombres honrados.

Era la misma noche en que en el *foyer* del gran *Music-hall* se celebra una escandalosa orgía en la que tomaba parte muy activa la Bailaora y otras compañeras con unos cuantos caballeros de más o menos prestigios éticos.

Ellos colmaron la medida del abuso; ellas pisotearon todos los respetos de sus desdichados cuerpos. Bebieron como las más deshonestas bacanales, y sirvieron de burla a aquellos hombres que así se divierten, sin menoscabo, a su juicio, de la caballerosidad y de la decencia, ignorando que no es tan fácil lavar el alma de las bajezas que comete como la nívea pechera de las salpicaduras de la borrachera.

La Bailaora, desgreñada, los ojos fuera de sus órbitas, sus ropa desordenadas, sus miembros flácidos, su cabeza vacilante, del brazo de un elegante, levantando una copa de champagne, cruzaba la ancha sala.

Al verla zozobrar se oían descompuestas voces semejantes a éstas: «¡Dejadla sola! ¡Está ya loca, no sabe lo que hace!.... ¡Nos hará pasar un buen rato Bebe enormemente!»

Y así la humanidad pudente matiza de colorido escarlata uno de sus más asombrosos cuadros.

Pero el alcoholismo no abandona a su presa, antes la encadena para conducirla hasta el crimen, hasta la muerte; y, con horror incomparable, el vicio, alimentado en el lodazal del arroyo, destruye en un momento la grandeza del arte y los esplendores de la gracia y la belleza.

Se ha cortado la horripilante escena unos momentos.

Entre los concurrentes a la orgía hay varios amigos que van a hacer una presentación, para lo cual se retiran a una sala, abandonando a dos mujeres, que permanecen con las botellas y las copas en las manos.

Heriberto, el hijo del potentado mimado por la fortuna, uno de los elementos de la bacanal, va a ser presentado a los redactores de un periódico de que su padre, el banquero, es primer accionista.

Uno de los periodistas pregunta al novel compañero:

— ¿Sabe usted de un tal Alberto, protegido del diputado Platón, que estudia en la Universidad, a lo que parece, el mismo curso de usted?

— Quisiera no engañarme; debe ser uno que yo conozco.

— ¿Su nombre?

— Alberto de Sara.

— Pues de su vida se sabe algún misterio que nos daría mucho juego para una campaña contra ese *gran tribuno*, cuya fama se puede comparar sencillamente a las nubes de verano.

En este momento llega la compañera de la Bailaora, jadeante, descompuesta.

No puede explicar lo que le pasa a «Rosa Saignante». Se ha caído al suelo, se ha levantado; ha empuñado una y otra botella y bebido ansiosamente.

Los caballeros corren al *foyer*, y quedan aterrados ante el repugnante espectáculo que da una mujer, presa de horrible borrachera, y que en el *delirium tremen* da las últimas sacudidas para acabar una vida que comenzó tormentosa y acabó trágicamente.

Y con gran indiferencia abandonaron la sala. Quizás hicieron aún algún chiste.

XIX

JORNADA SEGUNDA — Tercera Parte

Aquellos que en el viaje de la vida caminan por campos cubiertos de flores, siquiera éstas sean efecto de la semilla de la loca fortuna, difícilmente alcanzan a comprender los agudos dolores de los que marchan sobre las punzantes espinas y los duros abrojos de que se halla cubierta para ellos la estrecha senda de una vida de desgracias y de miseria.

Pasaron unos años, y encontramos que Alberto ha terminado su carrera con gran lucimiento y conseguido señalados triunfos, en premio de los cuales su bienhechor le agasaja y recompensa.

Como complemento de todas las atenciones, ha dispuesto una comida espléndida. A la mesa, con el matrimonio Platón y el agasajado, se sientan elegantes damas, bellísimas señoritas, que envían al aventajado joven sus miradas como dardos amorosos, y sus dulces palabras como sinceras expresiones de simpatía. Los caballeros le dispensan señaladas y respetuosas atenciones, y se justifica bien notoriamente el pensamiento del sabio académico de que no es grande el que nace en cuna de oro, sino el que se hace digno de ella.



A los ofrecimientos del banquete hechos por los señores de la casa y a los brindis de los comensales, responde así Alberto:

— Bien, señores. Hoy se ha escrito en mi corazón y en mi alma una nueva página de gratitud

hacia ustedes. Sean estas sencillas frases testimonio de mi profundo reconocimiento, y al levantar mi copa brindo por mis bienhechores, uniendo mi pensamiento al del poeta:

«Mas viva en tiniebla densa
quien el bien haciendo vive,
lo sabe quien lo recibe
y Dios que lo recompensa.»

Y de sus ojos se deslizó una lágrima; sus labios se entorpecían por efecto de la emoción que invadía su ánimo, y acaba así:

— Mi pobre madrecita está grave y habéis de permitirme que no prolongue más tiempo mi ausencia. Permitidme que me retire y corra a su lado. Pudiera necesitarme.

Abrazaron todos al esclarecido joven, y, despidiéndose de tan amable reunión, salió con dirección a su modesto hogar.

XX

¡El crimen de la calle de la Victoria!

Así gritaban los vendedores de periódicos mientras Alberto caminaba hacia su casa. Uno de los que voceaban le ofreció un periódico, que se apresuró a abrir, leyendo, con sorpresa, en grandes versalitas: «El crimen de la calle de

la Victoria. — El hecho. — Los actores. — Las causas. — Detención de la culpable.»

Asimismo reconoció en dos grabados a la Chata y al Malasangre.

Un volcán sintió en su cerebro y un escalofrío recorrió todo su cuerpo, haciendo flaquear sus piernas, que funcionaban involuntariamente.

Y leyó: «En una de las más concurridas calles de esta hermosa y culta ciudad se ha desarrollado uno de esos dramas cuya causa fundamental ha sido la lenidad con que se ven los más desenfrenados elementos de todo mal social: la vagancia, la golfería, el vicio, el desenfreno.»

No terminó la lectura hasta llegar a su casa, donde, no obstante su gran disimulo, bien pronto su madre notó algo anormal en el bondadoso abogado.

Y a los requerimientos de la Melindres, recomendó y continuó la lectura de la crónica del crimen.

— ¡Estaba escrito, hijo querido!.....

¡La víctima se ha tornado en verdugo!.....

¡La fatalidad, que jamás abandona su presa, más segura cuanto más desgraciados los seres en quienes se aposenta, ha cumplido sus fines!

Los detalles del crimen produjeron tan hondos y sentidos efectos en el ánimo de la pobre enferma, que bien claro vió Alberto que la tesis avanzaba horriblemente en el organismo de la pobre Melindres, su adorable madre adoptiva.

Como si Alberto quisiera consolarla y con ello reanimar su espíritu abatido, interrumpe diciendo:

— Madrecita mía, quizás éste es un caso de gran lucimiento profesional.....

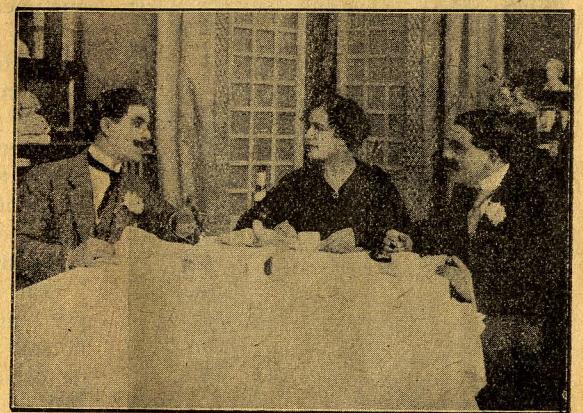
Un deber de mi carrera y mis naturales ansias de gloria me dictan la conveniencia de que me encargue de su defensa ante los tribunales de justicia.....

Además.... sé que tú la quieres.

Y acto seguido se arregla su indumentaria, se perfila su corbata, recoge su sombrero y sus guantes y sale camino de la cárcel.

Presentada su tarjeta, bien pronto se le franquearon las puertas y llega a la celda.

La escena entre la criminal y el abogado que se ofrece noblemente a defendirla, tiene todos los caracteres de lo patético. La Chata reconoce a Alberto,



y con doble mayor motivo le abre las puertas de su corazón para explicarle todos los antecedentes del drama.

XXI

Declaraciones sinceras

— Habíame propuesto — principia la Chata — vivir honradamente, trabajar, hacer algo útil, bien lo saben algunas personas que me conocen.

Mendigaba de puerta en puerta trabajo, sin conseguir ser recibida en parte alguna; antes bien, se me insultaba y se me ultrajaba de palabra y de obra.

Un día sentía mucha hambre; estaba decidida a morir en medio de la calle de inanición antes que someterme a mi verdugo, ni a otro hombre alguno que no fuera capaz de conducirme por el camino que yo sentía necesidad de marchar.

Acosada por el hambre llamé a una puerta, y de ella salieron unos señores, borrachos, que me molestaron con sus licenciosas maneras y llegaron a maltratarme con las manos y con los pies, derribándome en tierra. Quise revolverme contra ellos, llegaron los policías, me detuvieron y me llevaron a la cárcel, en donde fué a verme el Malasangre.

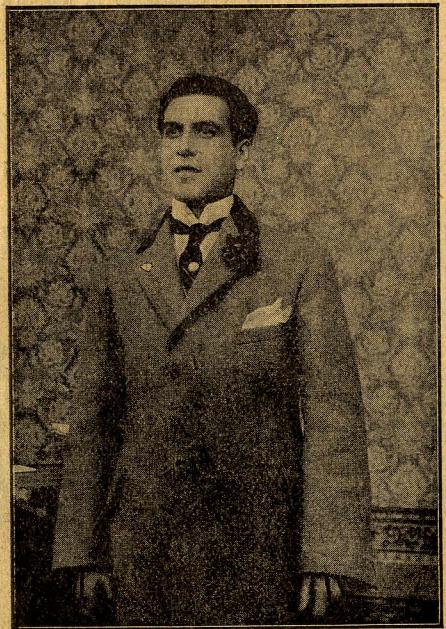
En la entrevista, que acepté por temor a mayores escándolos, no sólo no tuvo para mí una frase de consuelo, sino que me mortificó, me zahirió, quiso maltratarme del modo que pudiera.

Mi prisión duró pocos días; acechaba mi salida y logró *cazarme*, casi en la misma puerta de salida, volviendo así a su horripilante dominio.

Ideando siempre de acuerdo con la maldad, el desdichado, con otro de sus secuaces, había instalado un gabinete de ocultismo.....

Excuso detallarlos las criminales hazañas y las inconcebibles infamias que en aquel antro infernal se concertaban y se llevaban a cabo, para todo lo cual, y con duras palabras y peores tratos, se me obligaba a hacer los más repugnantes papeles de manifiesta complicidad.

La policía dió, al fin, con aquella guarida.....



Huimos a una elegante playa en donde se solazaba la aristocracia de la sangre y del dinero.

No es tan difícil como parece, merced a una inexplicable confianza y natural sencillez, propia de las clases acomodadas, el pasar entre gentes distinguidas por una persona semejante, si se lleva ropa y cierta entonación en el porte.

Y así nos codeábamos, pasando en el balneario por los señores de X.

Una tarde, sentados en la terraza del hotel y mientras aparentábamos entretenernos con el baile, me dijo:

«Aquel es Heriberto López. Su fortuna es inmensa, su ductilidad le hace asequible a un golpe certero.

»A eso hemos venido; tú serás el medio, y esperamos que cumplirás como debes y como sabes.»

Sentí, de momento, un terror tan grande como el que tenía a mi tirano. Comprendí lo que se proyectaba; signifiqué mi disgusto y mi repulsión al crimen y me amenazó furioso; me llevó a nuestra habitación y me maltrató con la más espantosa crueldad, sin compasión alguna. Presa de terror me doblegué a representar, contra todo el torrente de mi voluntad, el papel que en la farsa se me había criminalmente designado.

Heriberto, materia dispuesta, por sí mismo, lo aseguro, cayó en el lazo.

Preparado todo, un rato de conversación, alguna tolerancia vendida como fineza, todo con el estimulante de mi aparente rubor, mi temor y una estudiada resistencia escudada en lo sagrado de mis deberes de esposa amada y amante, se exacerbó su pasión hasta el límite de la imbecilidad; me hizo proposiciones de dinero, de chalets, de alhajas, de..... rapto, y, convenida la hora, se verificó todo con arreglo a un programa dispuesto por el incauto señorito.

El auto, la carrera forzada, la desaparición y..... ganada la partida.

Y me instaló señoríamente en el chalet en que ha tenido desarrollo el hecho; y Heriberto comenzó a volverse loco de entusiasmo; sus atenciones, sus finezas no hubieran sido mayores ni más delicadas con la mujer propia.

¡Así son los necios!



Pero yo, encantada de aquella exquisitez de trato, comencé a sentir en todo lo hondo de mi pecho algo así como sincero cariño, franca simpatía, quizás lo que se llama amor entre las gentes honradas. Eso, en resumen, fué lo que yo llegué a sentir por Heriberto en el fondo de mi corazón y de mi alma.

Créame, un sentimiento sincero, noble, muy intenso.

Le consideraba mío. Yo, sola de él. Mi vida, suya.

Me consideraba tenacida en una princesa, cuya palabra era una orden y cuyos deseos se convertían en mandatos.

Mi casa era un palacio, él mi esclavo. Un esclavo rico, poderoso, cuyos caprichos se concentraban en mi, desdichada personalidad; en esta golfa que jamás creyera que tendría méritos para ser amada y favorecida.

Me consideraba feliz y ya para siempre redimida de la brutal e inhumana tiranía de mi eterno verdugo.....

Cuando un día, el que estimaba más tranquilo de mi vida y en el que más satisfecha me encontraba, el criminal asaltó de súbito mi tranquilo nido de soñados amores.

Había sido aquel infame el árbitro de mis destinos, mi horrible pesadilla, el pertinaz instrumento de tortura de mi espíritu y de mi cuerpo.....

Me habló cosas que pugnaban contra mis sentimientos; comprendí la magnitud de sus perversas e infernales intenciones; me hice instantáneamente cargo de sus criminales disposiciones, pues conocía sus feroces instintos y fúnebres propósitos para con el hombre de mis quereres, y..... confortada, animada por el sentimiento del amor y amparada de su invencible poder..... (¡Quizás iba a revivir en mi reprobable pasada vida de infamias y tormentos.....) Tal vez truncaba las delicias de mi naciente felicidad.....)

Y..... como alocada, fuera de mi centro, inconsciente, quizás en el límite de la desesperación....., ante sus brutales amenazas y acometidas....., me lancé sobre él y cosí su cuerpo a puñaladas.....

Y al llegar a este punto de su relato la Chata cayó en un estado de terrible nerviosidad.

El joven abogado no podía contener, ni menos disimular, su emoción; entre otras razones, por la poderosísima que el fiel y sentido relato le daba para una brillante defensa.



Por fin rompió en copioso llanto. Alberto la prodigó palabras de consuelo que reanimaron su espíritu.

— ¡Pobre! — la dijo — . Siempre fuiste víctima propiciatoria de los vendavales desencadenados en la vida!

Pero me encuentro capacitado para la defensa de tu causa, y de ahí que, noblemente, valerosamente, me ponga a tu disposición, esperando que el sol de la justicia resplandeza en toda su magnitud y su grandeza.

Pasado algún tiempo, el proceso estaba concluido para la vista-cause.

Heriberto, vertiendo oro a manos llenas, habiéase librado hasta de aparecer como dueño de la casa teatro del crimen. ¡Ni se requirió siquiera su testimonio!...

Un hombre de su talla no podía tener que ver ni lo más mínimo en los hechos.

La justicia, quizás, no puede pensar semejante cosa.

Después de todo, en la comisión del delito era realmente irresponsable, como lo era el portero del chalet vecino, a quien no se sabe por qué se le molestó incesantemente, como a otra mucha gente, durante la sustanciación del proceso.

XXII

Flores y espinas

Un periódico local publicaba un día un suelto tendencioso. Su origen era manifiesto.

Pero había que añadir algo a los comentarios y a la maledicencia de los que creen en la impureza de la justicia, y para eso servía el periódico de un rico banquero, padre de Heriberto, quien, entre amigos, en un círculo aristocrático, decía tranquilamente:

— No sabéis cuánto me hubiera apenado y de qué modo lamentaría el que mi nombre hubiera ido envuelto en un tan enojoso asunto como el del crimen de la Chata..... Porque.....

Oíd este substancial artículo de información que publicará mañana nuestro periódico:

«LOS HIJOS DEL ARROYO. — Ante la Sala Primera de esta Audiencia de lo criminal se verá en breve la causa del famoso crimen de la Chata.

— Acabo de oír con satisfacción inmensa la justicia que merece tu labor. El éxito es manifiesto, está declarado en los extraordinarios de la prensa que han inundado la ciudad: En la política hay un juego que no siempre es noble, ni claro en ocasiones. El Congreso acordará o no la revisión.

— ¿Si la acuerda?.....

— ¿Y si no la acuerda?.....

Alberto quiso hablar, pero se adelantó su protector:

— El Gobierno, y con él la mayoría, ha de inclinarse — no quiero, no puedo asegurarlo — en favor del criterio de los tribunales de hecho y el de derecho. Ha de hacer suya la petición fiscal, que ha pedido con arreglo a la ley.

Particularmente estoy seguro que han de estar convencidos de la dureza de esa ley y, por tanto, de la sentencia. Es más, estoy segurísimo que reconocen la grandeza, la luminosidad de tu defensa, si quieres, hasta la razón. Pero..... votar, haciendo cuestión política la revisión.....

— Si en conciencia reconocen la justicia que me asiste.....

— Los políticos pueden tener conciencia, la política..... es otra cosa.

Dejemos las cosas como están. El triunfo es tuyo, me consta; lo dicen los que te han oído, lo dice la prensa, lo dice el pueblo, cuya voz es voz de Dios. ¿Para qué quieres más?

— No es el éxito personal el que persigo, es el triunfo de la justicia.

— Te he reconocido siempre un grado de nobleza que me encanta. Pero acabemos: hoy tienes de tu parte la opinión libre, espontánea.....

Si se somete al Congreso la cuestión y nos derrotan, tendrás siempre una opinión de carácter oficial que públicamente..... disentirá. No, no, no..... Así está bien.

Te has acreditado de hombre valeroso y de talento y te auguro un porvenir espléndido.

Vete a descansar, dejándome antes estrechar tu mano.

Y con las manos unidas se miraron sin atreverse a hablar; sueltas las manos, se abrazaron con grandísima efusión.

Así permanecieron hasta que apareció, momentos después, la señora de Platón, a quien su marido hizo, lacónicamente, referencia de cuanto ocurría.

Estrechó la mano del matrimonio y, cabizbajo, Alberto se dispuso a salir.

— ¿Qué te preocupa, Alberto? — preguntó el diputado.

— Que os concedo la razón en lo de no llevar al Congreso mi pretensión.

Pero creo tener aún un recurso.

— ¿Cuál?

— El de.....

— Dilo.....

— El de..... recurrir a..... la magnanimidad del primer magistrado de la nación.

— ¿Del Rey?

— ¡Del Rey!



— Allá tú.

— No; los dos, los tres. Los tres iremos. El matrimonio Platón y yo.

— ¡Imposible!

— Si os lo debo todo, no me negaréis, por miserables convencionalismos la compañía que os demando.

— Pero..... olvidas mi significación política.

— Están convencidos de la razón que me asiste; los políticos suelen tener o pueden tener conciencia. Vos la tenéis, más tenéis, corazón, tenéis sentimientos.... ¡Ayudadme!

Hubo una pausa ocasionada por la emoción, vencida la cual, dijo:

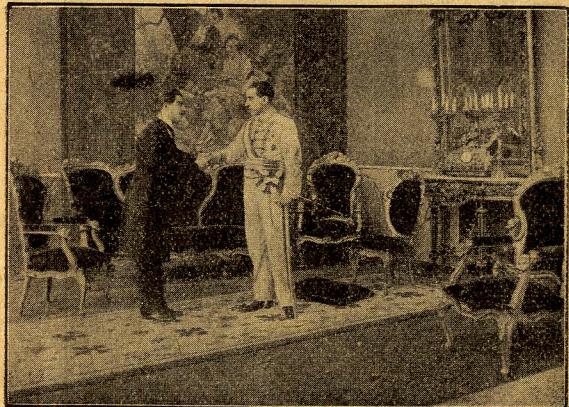
— ¿Vendréis, verdad?

El matrimonio guardó silencio.

— Ahora mismo voy a solicitar audiencia, aunque lo más propio sería que la pidierais vos.

— ¡Hombre!.... Mis convicciones políticas..., mi partido, mi reputación, mi repugnancia a solicitar mercedes..., mi fama popular.

— Todo eso palidece ante el brillo de la justicia y de la razón que espero conseguir, para arrancar una nueva víctima del terrible e inhumano suplicio de la muerte. Vuestro partido, si lo conseguimos, nos aplaudirá.



— Pues bien, sea. Solicitaremos la audiencia como deber que me impone la humanidad.

Y se pidió y fué concedida la audiencia.

A la hora precisa entraban los tres en la cámara regia, pasando por delante de los grandes del reino, gentileshombres y damas de guardia, que, respetuosos y cumplidos, naturalmente, hicieron paso a los señores recipiendarios.

Ni un solo gesto, ni un solo comentario por parte de la gente palaciega. Tal cumple a la etiqueta y al respeto de la Corte.

Los tres en presencia de S. M. Enrique III, los peticionarios, señores de Platón, fueron presentados por el gentilhombre de cámara; el señor Platón lo hizo, a su vez, de Alberto, como aventajado joven abogado, cuya actuación era comentada muy favorablemente por la opinión.

Su Majestad asintió, significando que de ello tenía noticias, invitando a Alberto a exponer sus deseos, indudablemente objeto de la audiencia.

Y Alberto, previa la venia de Su Majestad, leyó con visible emoción, en tono claro y segura palabra, la siguiente exposición:

«Señor, niños éramos los dos un día en que yo, desconociendo, por carencia de cultura y de moralidad, el alcance de mis actos, cometí una falta por la que os visteis en el caso de amparar con la bondad de vuestro corazón lo entonces mísero de mi personalidad.

«Y fué aquel día para mí como el del primer sol que apareció en la tierra tan hermoso, tan espléndido, que iluminó a otro hombre, a quien, como a Vuestra Majestad, debo cuanto soy y cuanto valgo.

»Fué el día de mi redención.

»Y en el camino escabroso, pero feliz, de mi vida, una mujer, inconsciente, abandonada de la sociedad de los hombres, para llegar, como consecuencia natural, a ser recogida por la ley, que en ella castiga lo que pudo ser previsto y evitado, me hizo el honor de aceptar mi defensa.

»La justicia de los hombres ha pronunciado terrible sentencia de muerte.

»Y, pues, que ante el tribunal han sido ineficaces mis razonamientos, aprendidos en una tremenda labor de estudios y meditaciones, respecto de la niñez abandonada, en vuestra ejemplar magnanimitad vengo a depositar la súplica de mi corazón, que garantizo con mi escaso, pero claro entendimiento.

»Aparezca otra vez, Señor, en este día la luz de vuestra clemencia, y ella sea una nueva joya con que avaloréis vuestra gloriosa diadema.—
Alberto Milegaris.»

Y como el Rey deseaba conocer los antecedentes del hecho, Alberto los expuso con metódica precisión, así como justificó demostrativamente la irresponsabilidad de su patrocinada; primero, por deficiencia de cultura anímica;

segundo, por haber obrado impulsada por el terror, y tercero, por estimar que la responsabilidad no es absoluta en quien por razones de organización social deficiente llevaba en su inteligencia y en su organismo la secuela de todos los males y vicios tolerados en las grandes ciudades, sin respeto a la niñez abandonada, víctima de todos los detritus molbosos que emanaban de la corrupción y de la incultura. Cuando el abogado terminó, dijo el Rey:

— Habéis mencionado un hecho respecto del cual he pensado muchas veces: el de nuestra niñez.

Hoy, mi complacencia es inmensa al conocer que el abogado cuya fama y relevantes méritos han llegado cerca del trono, es aquel pobre niño que tan hondamente, siendo yo también niño, logró conmoverme.

Hoy he escuchado con entera atención el razonamiento de vuestra defensa, y os prometo interponer mi influencia a fin de que vuestra patrocinada obtenga el perdón sin menoscabo de la justicia.

